





BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena.....

Volúmenes de la obra.....

Ubicación 9A 304-1

BIBLIOTECA NACIONAL



0159383

buch

Ch 850

0752

1521

c

AAA 1370

100 3-9
Ch
Rosario Orrego de Uribe

Sus mejores poemas,

artículos y su novela corta
"Teresa" ■ Biografía y Selección
de Isaac Grez Silva

Editorial Nascimento

Santiago

Chile

1961

Es propiedad
del compilador
Inscripción número 1499



DEDICATORIA

Con todo un fraternal cariño y profundo sentimiento, dedico esta obra que contiene el alma, el corazón y el fecundo ser de su amante madre; a la dignísima dama doña Regina Uribe de Bañados, única sobreviviente de tan extraordinario espíritu y genio femenino.

I. G. S.

Santiago, Enero 2 de 1931.

ESTA OBRA

Los lectores extrañarán falta de producción en la presente obra de los trabajos líricos que hemos recopilado de la poetisa, novelista y escritora doña Rosario Orrego de Uribe, cuyo numen fué fecundo. A fines del año 1879, en que acaeció su prematuro fallecimiento, un miembro cercano y algunos notables hombres admiradores de tan ilustre mujer, recogieron todo el valioso trabajo literario, que la señora Orrego legaba a las generaciones artísticas, literarias y sociales de su Patria, mucho de él inédito, y contrataron con la mejor casa editora de París su impresión.

La persona encomendada que llevó tan preciada joya literaria de la primera novelista, la primera académica, la primera periodista y segunda poetisa chilena, al gran país de Luis XIV y Chateaubriand, sufrió un lamentable accidente, perdiendo conjuntamente con su

equipaje la maleta que contenía tan irreparable y valiosa donación, sin haber quedado copia de los trabajos inéditos, lo que ha constituido una pérdida muy lamentable para la literatura nacional.

Esperamos que la presente obra mitigue en parte ese vacío que se hacía sentir en las letras chilenas.

EL COMPILADOR.

LA ILUSTRE ESCRITORA Y
POETISA DOÑA ROSARIO
ORREGO DE URIBE

(1834 - 1879)

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

(Del "Diccionario Biográfico de las
Mujeres de Chile", por Isaac Grez Sil-
va. En preparación).

No hace aún un siglo, vino al mundo el año 1834, en la ciudad de Copiapó, que ha dado a la Patria una pléyade de mujeres y hombres ilustres, esta precoz y hermosa criatura; mensajera de altos y nobles ideales; poseída de divinas inspiraciones y de un talento prodigioso; vidente, de la instrucción de la mujer; heroína, encargada de romper la red de prejuicios que la envolvía, impidiéndoles extender en toda su amplitud las alas de su inteligencia y de su espíritu, que las torpes conveniencias sociales, la rodeaban. Dotada de un ingenio e inteligencia natural, formó su educación literaria por sí misma, leyendo constantemente los mejores autores extranjeros y nacionales.

Rosario Orrego Carvallo, hija de don Manuel Andrés Orrego y de doña Rosario Carvallo.—Nació en Copiapó el año 1834.—Cursó sus primeros estudios en colegios particulares, en su hogar y más tarde en los establecimientos de la familia Cabezón en Santiago.—El año 1848, a los catorce años, contrajo matrimonio con don Juan José Uribe.—En 1853 se estableció en Valparaíso, donde permaneció gran parte de su vida.—De este su primer matrimonio tuvo cinco hijos: *Héctor*, abogado notable por su vasta ilustración e inteligencia; *Luis*, hábil y valiente marino; *Laura*, inteligente y virtuosa monja de caridad; *Angela*, distinguida escritora, casó muy joven y fundó una numerosa familia; *Regina*, la primera mujer que en Chile recibió título de bachiller en humanidades a los 17 años; escritora, posee varios idiomas, hoy la única sobreviviente de tan ilustre madre.—En 1858, colaborando con sus primeras poesías líricas y trabajos en prosa en la revista "La Semana", dirigida en Santiago por los ilustres literatos Domingo y Justo Arteaga Alemparte, se inició en la literatura.—Por los años de 1861-1864, "La Revista del Pacífico", de Valparaíso, y la "Sud-América", de Santiago, notables publicaciones literarias, tenían a la señora Rosario Orrego como uno de sus mejores colaboradores.

—El año 1861 y 1863, lanzó al público sus dos primeras y hermosas novelas, tituladas: “Alberto, el jugador” y “Los Busca Vidas”, que merecieron las más espontáneas manifestaciones de aplausos y críticas de propios y extraños. Estas dos novelas, de costumbres, fueron inspiradas, poniendo de relieve escenas sociales de su tiempo y en especial, describiendo tipos del período de bonanza de la Provincia de Atacama.—La señora Rosario Orrego de Uribe, es la primera novelista chilena.—Los años de 1865-1869, continuó colaborando con gran brillo en numerosos diarios y revistas.—El año 1870, dió a luz su novela corta “Teresa”, inspirada en un episodio histórico de nuestra independencia.—En 1873, la Academia de Bellas Letras, de Santiago, en una solemne asamblea presidida por el eminente publicista don José Victorino Lastarria, tomando en cuenta la intensa y valiosa labor intelectual y literaria de la señora Rosario Orrego de Uribe, le discernió, por aplauso unánime, el honorífico título por vez primera a una mujer, de socia honoraria de esa institución. La primera mujer académica chilena. La señora Rosario Orrego, contestó desde Valparaíso en verso a la Academia, con motivo de su nombramiento, en los siguientes términos, que fué calurosamente aplaudida y comentada:

CONTESTACION A LA ACADEMIA

Dispensadme favor, tomo la pluma,
para escribiros carta respetuosa,
mas la emoción, la gratitud me abruma,
y brotan versos cuando quiero prosa.

El pliego que acordásteis remitirme,
no con mano, con alma he recibido;
en él me hacéis honor de introducirme
de las letras al templo esclarecido.

Al ocupar tan elevado asiento
en el altar que al genio se levanta,
la timidez apaga mi ardimiento,
ahógase la voz en mi garganta.

Si en versos melodiosos os llevara
de ingenio audaz ideas eminentes
que a fríos corazones despertara,
que conmoviera juveniles mentes.

Si llevara la luz en mis canciones
forma en la idea o elocuencia en labio,
con altivez pisara esos salones
que ilustra el genio y enaltece el sabio.

Nada sé de artes ni de ciencias graves,
yo levanto la voz a la ventura
como en el bosque las canoras aves,
como ese mar que a su pesar murmura.

No he arrancado a los libros su secreto,
no he estudiado del orbe la armonía;
mi pensamiento soñador, inquieto,
las cuerdas de mi lira sólo oía.

Hoy sólo os llevo a la común arena
de inculta inspiración, pobre destello,
una alma que lo grande lo imagina
y un corazón para admirar lo bello.

El mismo año de 1873, la señora Orrego, fundó la "Revista de Valparaíso", donde colaboraban los más prestigiosos literatos de la República y algunas notables plumas extranjeras. Esta revista-periódico, de 32 páginas, alcanzó el mayor prestigio y renombre, en forma tal, que su tirada consistió un record de circulación y periodístico en esa época, era arrebatada por el público los días de su aparición en las puertas de la imprenta. Esto le dió el título de la primera periodis-

ta chilena.—Las obras de selección literarias de América, editadas en Europa, “La América Poética”, “La Lira Americana”, y otras, recopilaban con entusiasmo sus valiosas composiciones.—El año 1874, viuda de su primer esposo, casó con el eminente juriconsulto y literato don Jacinto Chacón, tío de Arturo Prat, del cual tuvo cuatro hijos, muertos todos prematuramente.—Sus trabajos literarios, en verso y prosa, fueron firmados en gran parte con el tierno seudónimo de “Una Madre”.—Composiciones acabadas dejó en la lírica: (“Tempestad”, “La madre”, “Esconde tu dolor”, “A la República peruana”, “A una poetisa”, “Plegaria”, “La inspiración”, “A Mármol”, “En el Cementerio”, “A Giorgi”, “La poesía”, “Desaliento”, “A mi lira”, “La mujer”, “La libertad”, etc.), lo cual basta para calificarla entre las mayores poetisas de América. Las composiciones poéticas de la señora Rosario Orrego eran de un arte sencillo, de una métrica fácil, en que circulaba una vena de emoción íntima y tierna, y en que palpitaba una sensibilidad delicada y encantadoramente femenina. Su entrada en el mundo de las letras fué una entrada triunfal, y desde entonces conserva en nuestra literatura la altiva situación que, desde el primer momento, se había conquistado. Con el mismo acierto que escri-

bió sus inspiradas poesías líricas y novelas de costumbres, escribió también numerosos artículos y composiciones en prosa, muchos de ellos fueron un vivo comentario en los centros literarios y sociales, como: ("A las niñas", "Definición del amor", "Morenas y Rubias", "El lujo y la moda", etc.).—Esta ilustre escritora e inspirada poetisa, fué una peregrina belleza, de prodigiosa hermosura, como la representa el pincel del artista y cincel del escultor en el busto que de ella existe en el Palacio de Bellas Artes.—Modelo de madre amante y cariñosa; para sus hijos escribió muchas inspiradas composiciones, entre ellas la siguiente:

A ELLOS

Preciosos seres a mi vida unidos,
y en ángeles de guarda convertidos
para darme placer,

Vosotros soís la antorcha hermosa y pura
que de mi vida allá en la noche oscura
constante veo arder:

Por vosotros valiente y resignada,
marcho por una ruta tapizada
de punzantes espinas,

Y ahogando dentro el pecho los dolores,
pido para vosotros bellas flores
en sendas peregrinas.

¡Hijos del corazón! con cuánto anhelo
en mi ansiedad de madre pido al cielo
os dé propicia suerte!

Os dé por cada gota de mi llanto,
hora tras hora de placer y encanto;
¡y a mí! ... tranquila muerte.

Entre las sobresalientes características de la señora Rosario Orrego, figuran: el deseo vehemente de la amplia instrucción y educación de la mujer; la más profunda humildad en todos sus actos; la más tierna y sabia caridad sin límites para toda clase de desventurados. También fué supersticiosa y vidente. Tenía la videncia del porvenir de la instrucción de la mujer. Tenía la superstición de las fechas y de los números. Por una coincidencia extraña, el mismo día 21

—que era una fecha nefasta en sus horóscopos—el mismo día 21 de mayo de 1879, en que su hijo Luis Uribe era arrastrado por las olas después del homérico combate naval de Iquique y precisamente en la misma hora, ella fallecía bruscamente de un ataque al corazón, en Valparaíso, a la edad de 45 años.—La memoria de esta eminente escritora y poetisa chilena y sudamericana, que en los cortos años de su laboriosa vida, llenó amplia y cumplidamente su cometido, vivirá eternamente.

No pocas plumas de las más sobresalientes figuras literarias de América y Europa, se han ocupado de la obra de la señora Rosario Orrego de Uribe, ya en su carácter de poetisa, novelista y prosista. Algunos de ellos, como don Ricardo Palma, la colocan como la primera mujer intelectual de Chile.—Instituciones de beneficencia, sociedades, centros literarios y establecimientos de educación, como el Liceo de Niñas N.º 5 de Santiago, el Liceo de Niñas de Playa-Ancha de Valparaíso y otros, se honran de llevar el nombre de esta ilustre y benemérita ciudadana, honra y prez de la patria chilena.

ISAAC GREZ SILVA.

HOMENAJES EN PROSA

DE DON AUGUSTO ORREGO LUCO

(Acápites de una brillante disertación del doctor don Augusto Orrego Luco, sobre la personalidad literaria de doña Rosario Orrego de Uribe. En Playa-Ancha (Valparaíso), en el Centro Escolar "Rosario Orrego", en conmemoración del aniversario de la "Ley de Instrucción Pública. — ("La Unión", 27 de agosto de 1922).

Decía Goethe que para comprender a un poeta era necesario conocer su tierra, y podría haber agregado que era también necesario conocer su tiempo, porque la tierra, el cielo, la atmósfera moral, el cosmos—como decían los antiguos—imprimen su sello en el alma en formación, le dan una dirección a las ideas y una coloración a las pasiones.

Uds. saben que en la historia del arte hay períodos brillantes y períodos oscuros, tiempos espléndidos en que todo es luminoso y tiempos sombríos en que todo se obscurece. Esa es el alma de cada época que se re-

fleja en todas las manifestaciones de la vida, siguiendo la suprema ley de la armonía universal.

Uds. ven resaltar esa ley de la suprema armonía—tan triste para nosotros—comparando la época en que se formó doña Rosario Orrego, y los tiempos que ahora atravesamos.

Vivíamos entonces en la hermosa medianía del siglo pasado, en un período romántico, soñador y generoso, en que resonaban las *Armonías* de Lamartine, las *Odas* de Víctor Hugo, y los *Lamentos* de Musset, en que Augusto Comte hizo brotar aquella palabra magnífica: el *altruismo*, hermosos tiempos en que flotaba en el aire el perfume de una melancolía suave y soñadora, tiempos de los sentimientos delicados, de la música melodiosa. El baile de ese tiempo eran las cuadrillas ceremoniosas, lentas y llenas de respeto y los valeses suaves, de voluptuosas y ondeantes languideces.

Ahora son los tiempos del "sport", de la fuerza y la violencia, todo debe ser rápido y ruidoso; se pasea en automóvil con una velocidad vertiginosa; la música persigue las estrepitosas armonías wagnerianas; el teatro sentimental ha sido reemplazado por las escenas violentas y grotescas de los cinematógrafos, y vemos bailar en los salones el shimmy, el fox-trot, el cake-

walt, bailes de compases violentos en que desaparece la gracia delicada y asoma cierto grosero sensualismo.

Ese mismo contraste lo encontramos en todas las manifestaciones de la vida intelectual y, sobre todo, en la poesía, que es la más sensible y más viva de todas las manifestaciones del espíritu.

Esa atmósfera social nos da la clave de la poesía delicada y soñadora, de una vaga melancolía y de una indefinida y ardiente aspiración, que brotará más tarde de la lira de la inspirada poetisa.

Esa fué su época; su tierra fué Copiapó. Ahí nació. Esa fué la tierra de sus primeros años y de sus primeras impresiones, y ella misma nos ha dejado una pintoresca y hermosa descripción de esa comarca.

Ese paisaje de desierto y de montaña, caldeado por el sol, en que el lirio blanco y puro esparce su escaso aroma y los *chañares* solitarios y desnudos se extienden la pobre sombra de palmero; esa tierra árida y triste nos trae a la memoria una tierra lejana: la tierra de Judea, también de desierto y de montaña, en que crece el lirio y se levanta la palmera. Esa tierra sin alegría, dura, triste, ha formado el alma del pueblo que nació en su seno. La diferencia profunda que separa la Grecia y la Judea decía Heine, es que los griegos ponen su espíritu en la vida y los judíos

ponen su vida en el espíritu. Heine tiene razón. Los que se ven rodeados de una naturaleza triste, en medio de su magnificencia, de un espectáculo que sólo despierta ideas melancólicas, se concentran dentro de sí mismos, se encierran en la vida interior.

Esa contemplación de sus propias emociones, de sus sueños, de su vida interior, es el elemento nuevo que esa joven poetisa va a agregar a los que había recibido de su tiempo.

Ciertamente, su espíritu se desarrolla en la atmósfera tranquila y enervante de la vida de provincia. Sigue el camino enriellado, monótono, uniforme, por donde van las generaciones unas detrás de otras. Va a la escuela, va a la iglesia, se casa y principia a formar una familia.

Un día, en 1858, sintió ella el deseo irresistible de escribir, de dar expansión a sentimientos que ya no podía contener. Escribió sus primeros versos y los mandó a *La Semana*, que Justo y Domingo Arteaga Alem- parte publicaban en Santiago. Firmó la composición con seudónimo de "Una Madre".

El secreto fué bien guardado. Nadie sospechaba

quién era la autora de esos versos, y menos que los demás que estaban cerca de ella.

“—Yo pude estimar en lo poco que valían esos pobres versos, porque los oí criticar en mi presencia. Era una satisfacción con que yo no contaba cuando los firmé con un seudónimo”, — me decía un día en que recordaba conmigo sus primeros trabajos.

Alentada por la acogida favorable de esos versos, continuó escribiendo sin salir de su reserva y su secreto.

Guardó su incógnito hasta 1872; entonces por primera vez firmó con su nombre una composición en la “Revista de Santiago”, que yo dirigía junto con Fannor Velasco.

Hay entre las composiciones suyas que nosotros publicamos dos singularmente interesantes, porque en una de ellas creemos sentir la influencia de su tiempo y en otra la influencia de su tierra.

En la primera de esas composiciones, después de pintarle la vida inquieta y azarosa de los que sacrifican las tranquilas y modestas realidades del hogar, persiguiendo sombras ilusorias.

En esos versos, de una conmovedora y noble sencillez se siente palpitante el alma romántica de su época, esa alma de suaves y adormecedoras languideces, en

que domina un fatalismo sombrío y resignado, en que se respira esa misteriosa voluptuosidad del desencanto. En esas poesías se sospecha siempre una confianza velada, un recuerdo que se desliza tristemente entre las sombras del pasado.

Esa poesía hermosa y noble va sin esfuerzo, suavemente, arrastrada por la ancha y armoniosa corriente de sus versos. Ahí no hay violencias del lenguaje, no hay estrépito en las frases; no hay todo ese ruido de sonoridades vacías con que en los períodos de decadencia literaria se fabrica la poesía artificial.

Pero en esos versos hay algo más que una hermosa lección de arte; hay también una profunda y delicada lección para la vida.

Ha hecho brillar delante de nosotros la gloria del arte en todo su esplendor, ha recordado a Safo, que, seguramente, habría dado toda su gloria por un poco de amor, porque dió toda su vida, toda su alma, por un poco de olvido.

Cuando vuelva a sonar en sus oídos la tentadora canción de las promesas, que las trata de apartar de ese camino noble y silencioso que las lleva hacia el hogar, para empujarlas por el sendero accidentado y peligroso que va a la plaza pública, recuerden lo que tan hermosamente la inspirada poetisa nos decía:

La musa de Lesbo te ofrece un ejemplo:
 hubiera cambiado su lira por él,
 por una cabaña los triunfos del templo,
 por blancos azahares su sacro laurel.

Uds. que tienen el encanto soberano, Uds. que tienen el derecho supremo de inspirar el amor, no pierdan ese encanto, no cambien ese derecho que la Naturaleza les ha dado, por no sé qué derechos de fantasía que les ofrece un inteligente feminismo; no repitan la triste historia del grosero plato de lentejas.

La otra composición a que me he referido, en que se deja sentir la influencia de la tierra en el alma del poeta, es un canto a la Noche.

Esa venal profundamente religiosa, ese sombrío y ardiente misticismo, todo eso viene de la tierra, eso es el alma del *Semita*, del que ha nacido en la tierra árida y triste, del desierto y las montañas, en que brotan los lirios y crecen las palmeras.

En esa tierra de la vida interior, en que el desierto tiene como horizonte la montaña que sube hacia los cielos, en que las sombras de un eterno más allá lo envuelve todo, los sentimientos religiosos echen raíces muy profundas.

Es natural que donde se reproducen las condiciones materiales de la tierra, también su influencia mo-

ral se reproduzca y que las tierras de Judea y de Atacama desarrollan la misma influencia semita en los espíritus.

En una ocasión, hablando de doña Rosario Orrego, con uno de los más distinguidos escritores de Valparaíso, el señor Roberto Hernández, le decía que esta señora era de un trato amable y fácil, que no dejaba ni siquiera sospechar sus hábitos literarios y sus preocupaciones estudiosas. No hablaba nunca de sus versos, y ni siquiera hacía alusión a sus lecturas. Sólo cuando la interesaba vivamente algún libro de que oía hablar, solía manifestar el deseo de poderlo conocer.

Conversamos muchas veces en Santiago, a donde iba con frecuencia, y sólo recuerdo haberlo oído hablar de una escritora, de doña Mercedes Marín de Solar, con un vivo entusiasmo y una completa comprensión de la maestría literaria y el vuelo soberbio de nuestra gran poetisa.

Esa completa discreción, ese pudor literario le daban no sé qué atractivo interesante a su figura y una suprema distinción a esa reserva de que nunca se quiso desprender.

Pero fácilmente se comprende que en una sociedad curiosa y pequeña ese secreto no podía ser eterno.

Un rasgo más difícil de explicar en esa naturaleza, complicadas, es el amor apasionado por su patria en los que han nacido mirando las tristezas de esas comarcas desoladas. Los judíos viven diseminados por el mundo, no tienen patria, sólo conocen la tierra de sus padres en los paisajes de sus pintores y en los cantos de sus poetas. Esa visión al través de un arte emocionado podrá explicarnos el entusiasta amor de los judíos por esa tierra de tristezas. Pero así, en las soledades de Atacama arde abrasador el mismo sentimiento de la patria y acá no encuentra en el arte una clara explicación. Eso nos prueba que ese amor tiene un origen más profundo.

Pero sea de ello lo que fuera, el hecho es que un patriotismo ardiente es el noble patrimonio de los que han crecido en esas tierras.

Doña Rosario nos ha dejado hermosas pruebas de ese altivo y orgulloso sentimiento. Es sensible que no pueda ahora mostrarles ninguna de las composiciones en que vibraba con más fuerza la cuerda de trinar de las emociones formidables.

Pero aquí donde ella pasó su vida de escritora, donde derramó su poesía y recibió su inspiración, aquí no están sus versos en ninguna parte. No tengo a mano ninguna de sus composiciones patrióticas. Sólo tengo una nota aislada incidental, una composición que en pocos momentos más todos van a oír, en esta hermosa fiesta.

Es una composición a su hijo Luis, en que le dice:

¿Eres ya un hombre? En tu tostada frente
como alboreando el patriotismo está!
Ya brilla en tu pupila el fuego ardiente
del jefe osado, del marino audaz!...

Sigue, ingrátuelo, la brillante estrella
que al bravo guía al campo del honor;
más, mira la honra de la patria en ella...
que yo a mis solas oraré por dos.

Ahí tenemos de nuevo el alma del sonista, hecha de plegaria y patriotismo.

Desapareció de la vida en los momentos en que el esplendor del heroísmo envolvía a su hijo y en que la

gloria depositaba un beso sagrado sobre la frente de su Patria.

Desapareció en medio del esplendor de la gloria, dejándoles a las mujeres de Chile su hermoso recuerdo, la gloria de una de nuestras más grandes figuras literarias y un noble deber que quisiera incitarlas a cumplir.

Las poesías de doña Rosario Orrego no han sido nunca reunidas. ¿Por qué no las reúnen ustedes? ¿Por qué dejan caer en un olvido ingrato las flores más hermosas, más poéticas y más noblemente emocionadas que han brotado sobre el pecho de una mujer chilena?

¿Por qué dejan ustedes reclusas en las silenciosas y sombrías salas de un nuevo museo esta hermosa figura?

Las que han formado su alma en la escuela que se levanta a la sombra de su nombre, y los hijos de los marinos que junto con Uribe engrandecieron nuestra tierra y dieron más brillo a nuestra gloria, tienen el deber de recoger su recuerdo y ostentarlo con orgullo.

Más todavía, si ustedes mismas quieren tener un título de honor más adelante, levántense ahora a proclamar el mérito de la excelsa poetisa. Atravesamos

un período triste en la historia del arte entre nosotros. Un viento loco juega ahora con nuestro pobre criterio literario, y en estos momentos se oscurece el mérito del arte verdadero. No sólo se oscurece, se le niega en nombre de los cánones del arte nuevo.

No hay arte nuevo, no hay arte viejo, no hay más que un solo arte, que es eterno! Un arte que a veces se eclipsa pero que siempre vuelve.

DE DON RICARDO PALMA

(Algunas líneas del prólogo de la primera novela escrita por mujer en Chile, el año 1862, "*Alberto, el Jugador*", de Rosario Orrego de Uribe).

"... *Alberto, el Jugador* pertenece a la nueva escuela conocida con el nombre de realista y cuyo carácter distintivo consiste en tomar las escenas de la vida actual tales como ellas pasan, sin recurrir a exageraciones ni a pinturas de tipos caprichosos. Esa escuela que ha creado a Margarita Gautier, purificando por el amor a la mujer caída, si es verdad que ensancha las heridas del corazón, es sólo para curarlas deificando sus buenos instintos y declarando guerra sin tregua al vicio...

"... La señora Orrego de Uribe hará con su libro brotar en los corazones sensibles tiernas y castas afecciones, despertando en las almas adormidas el noble amor a la virtud. Su novela no es escrita para los espíritus gastados por el hielo del escepticismo: ¡no hay ya un Cristo que inocule el aura vital en los

cadáveres! Recomendamos sus páginas, a las que da no poco brillo la sencillez elegante del estilo, a todos los que se interesen en el progreso literario de Sud-América, seguro de que hallarán en ellas contentamiento y solaz y esa poética y melancólica dulcedumbre que vive sólo en la pluma de una señorita . . .”

HOMENAJES EN VERSO

DE DON JOAQUIN LEMOINE

A la señora Rosario Orrego de Uribe

(Con ocasión de su poesía "Insomnio")

Jamás mi mano comprimió tu mano;
nunca he escuchado el eco de tu voz,
pero te admiro, ¡misterioso arcano!
Como a una bella noche de verano
o como el hombre a Dios!

Tu imagen misteriosa tras el velo
de mi mente la he visto atravesar,
como cruza la sombra sobre el suelo
de aquella águila audaz que por el cielo
no se la ve pasar.

Es que ha inflamado poética cantora
el fuego de mi ardiente juventud,
el tierno llanto que de tu alma llora
y la armoniosa música sonora
de tu inmortal laúd!

Desde entonces tu "Insomnio" no me empeño
en descifrar, ni tu tenaz dolor;
si la mujer vulgar concilia el sueño
sobre una roca, tú solo en el seno
del ángel del amor!...

Santiago, julio 1874.

DE DON JACINTO CHACON

"LA INSPIRACION"

Imitación del entusiasmo de Lamartine

A la señora Rosario Orrego de Uribe

Cuando caes, cual águila triunfante,
divina inspiración, sobre mi seno,
yo de tus alas al rumor tonante
de sagrado terror me siento lleno.

Por resistir tu mágica influencia
y apartar tu poder, me agito en vano;
yo huyo y tiemblo que tu gran presencia
no aniquile al tocar mi pecho humano.

El instinto sagaz de los sentidos
se opone en vano al ímpetu violento
con que surge del alma el pensamiento
con el vigor de arroyos comprimidos.

Yo la presión del Dios, respiro apenas,
hierva en mi pecho insólita pujanza,

circula el rayo en mis hinchadas venas
y el alma salta, indómita se lanza.

El fuego que arde en mi interior me espanta,
por sofocarlo pugno y más le irrito;
estalla el genio y de emoción levanta
torrentes de armonía al Infinito.

Al exhalar el fuego que me inflama
consume el ser que inspiración respira,
y devorado por mi propia llama
víctima soy del numen que me inspira.

¡Tú mártir! héle aquí Musa sagrada.
Ya no está en mí ni la inspirada fuente
ni la sublime lúcida mirada
que lanzó el rayo que fraguó la mente.

Mi altivo joven ser, siempre arrastrado
por tu atrayente lírica influencia,
sublime inspiración, sólo ha escapado,
débil resto de escuálida existencia.

La palidez sombría ha destruído
el dulce aspecto que mi frente sella;
sólo el surco del rayo que me ha herido
¡Ay! indeleble se conserva en ella.

Bendito seas tú, bardo insensible,
que derramas, no llanto, sino flores;

feliz tu inspiración, suave, apacible,
que no te arrastra a trágicos furores.

De tu vena fecunda, mansa y pura
que da al Parnaso cándidos pimpollos,
corren con blando son, ritmo y medida,
de leche y miel dulcísimos arroyos.

Mas yo que a la alta inspiración me entrego
tras la conquista de inmortales palmas,
ardo de las pasiones en el fuego,
para encender y arrebatar las almas.

Foco de luz de la natura entera
debe en sí misma el alma concentrarla,
sentirla con amor y fiel pintarla,
crear su mundo y reflejarlo fuera.

¿Y la vida del genio así se acusa,
y así Egoísmo roe sus canciones?
¡Ay! no envidies al hijo de la musa
engendrado en dolor por las pasiones!

Nunca un bardo pacífico y apático
tuvo ese arranque, ese ímpetu poético,
ese desorden lírico simpático
que eleva el ritmo hasta el cantar profético.

Del Olimpo bajad, bardo sin ánimo,
melífluo ser de cánticos inciertos.

Sólo un laúd homérico, magnánimo
lanza inmortales épicos conciertos.

El corazón del hijo de la lira
semeja al mármol que al rayar la aurora
sobre el sepulcro de Memnon suspira:
¡Un rayo le da el alma y voz sonora!

¿Y mi roto laúd quieres recoja,
que su entusiasmo mi alma desparrame?
¡Ay! si uno al mundo el corazón arroja
lo devuelve sangrando el vulgo infame!

¿La gloria nombras? ... ¡Ilusión perdida!
Yo ejemplo tomo en tí... yo ví tu llanto;
la hallaste tú y envenenó tu vida!
¿Y quién cual tú más digna de su encanto?

El sueño de una sombra—esa es la gloria!
Ese ensueño mi vida ha acibarado,
y sin darme ni aún dicha ilusoria
los días de mi vida ha cercenado.

¿Y quieres tú que por la gloria exhale
este resto de mísera existencia?
No, que la gloria lo que amor no vale:
¡yo guardo para amar mi íntima esencia!

Diciembre 11 de 1861.

DEL SEÑOR R. BUSTAMANTE

A la señora Rosario Orrego de Uribe

Florido campo es el mundo
para el alma del poeta,
cada objeto a sus miradas
alguna flor representa,
ya melancólica, humilde,
ya primorosa en belleza,
ya fúnebre por su aspecto,
bien pomposa o bien modesta,
pero cobijando todas
cierta misteriosa esencia,
gota de ámbar que, prolija,
de esos cálices cosecha
la imaginación del bardo;
esta mariposa en huelga
que voluptuosa ante el sol
viene, va, se posa, vuela
de una planta en otra planta
y en tal vaivén se recrea:

o que menos egoísta
y en remedo de la abeja
de algunas flores extrae
la líquida oculta perla
para labrar los panales
de poesía verdadera,
tan grata a los corazones
que aman lo bello en la tierra.
Tal tu numen, poetisa,
es un panal de riqueza
regalando sus dulzuras
al alma, de un bien sedienta.
Son tus versos como el vaso
de escogidas azucenas,
cuyos matices admiro,
cuyo perfume consuela
el espíritu amargado
con la hiel de sus miserias.
La miel de tu poesía
bálsamo, sí, nos presenta
más de una vez en las horas
del sinsabor. ¡Oh! Dios quiera
no agotar jamás la fuente
de tu inspiración; y sean
también sus frescos raudales
dulce consuelo a tu pena!

DE LA SEÑORA MERCEDES MARIN DE SOLAR

*A la autora del bello soneto suscrito
"Una Madre".*

SONETO

Tu voz oí, poetisa encantadora,
y aunque el hermoso rostro has escondido,
al corazón regalas y al oído,
con la armonía de tu voz sonora.

A la luz apacible de la aurora,
y bajo enredaderas suspendido,
vi oloroso pimpollo enrojecido,
que a las auras perfuma y enamora:

Así, de la modestia al blanco velo
se acoge la mujer, y es nuevo encanto
su pudoroso y tímido recelo;

Más no sufre la gloria olvido tanto,
y pues viste la rosa ricas galas,
despliegue el genio ya sus áureas alas.

Valparaíso, noviembre 4 de 1859.

DE DON ELIAS COUSIÑO

*A la eminente poetisa, señora doña
Rosario Orrego de Uribe*

¡CANTA!

Niño era yo: mi cuna balanceaba
mi tierna madre con creciente amor,
y al mecirme unos cantos entonaba
dulcísimos su voz.

Y me adormecía al eco de esos cantos,
reflejo de un concierto celestial,
preñados de bellísimos encantos,
de un encanto inmortal.

Después fuí joven; recordé las glorias
de aquel tiempo feliz de mi niñez,
y junto a felicísimas memorias
otra vino también.

Recordé que mi madre me arrullaba
con una hermosa y sin igual canción,
y busqué si mi madre conservaba
tan bella inspiración.

Y en su incrustado cofre, cuyas llaves
ella sola guardaba y nadie más,
hallé copiados unos cantos suaves
dulcísimos, sin par.

Los leí, y otra vez y otra tercera
volví a leerlos con ardor febril,
y era esa, sí, la producción primera
de tu alma juvenil.

Ufana allí ser la esperanza ansiada
de nuestro Chile te mostraste tú;
brillaba el genio en tu vivaz mirada
henchida en juventud.

Y fuíste su cohorte, su grandeza,
y hoy su renombre y su entusiasmo soís;
jamás se unieron en tamaña alteza
virtud e inspiración.

¡Canta!, que tus cantares mis oídos
con celeste ambrosía embriagarán,
y harán de ignoto goce a mis sentidos
ardientes palpar.

¡Canta! e inunda todo de armonía:
el campo, el palacio y choza vil
que si en Safo murió la poesía,
ha revivido en tí.

Vicuña, febrero 6 de 1874.

DEL GRAN VATE JOSE ANTONIO SOFFIA

A la señora Rosario Orrego de Uribe

En horas de alegría,
cuando todo en el mundo es una aurora
de luz y poesía,
yo tu acento escuché, gentil señora.
Con tus canciones llenas
de vida y de pasión me enajenabas
y al cielo de sirenas
donde vivías tú me transportabas;
¡que el genio en todo imprime
el dulce imán de su atracción sublime!

Un hijo, en hora impía
la parca te robó... cambiósese el canto
en fúnebre elegía
y amargó tu existencia acerbo llanto...
Entonces, con fiereza,
el idilio feliz de mi ventura
también cambió en tristeza
de la madre mejor la muerte dura...

¡Y en mis horas de duelo
tu canto de dolor fué mi consuelo!...

En día inolvidable
pude admirar la gracia arrobadora
con la que el cielo amable
distinguir quiso a su gentil cantora.

Al contemplar turbado
tu porte majestuoso y distinguido
quedéme enajenado,
como el que ve la luz desprevenido;
¡que nadie frente a frente
puede mirar el sol resplandeciente!

En tan feliz momento,
viendo en tí la cantora peregrina
a quien el sentimiento
hace hermana de Safo y de Corina,
mi homenaje rendirte
quise y no pude... cual no puedo ahora
decirme ni decirte
qué cosa en tí, poetisa encantadora,
brilla con luz más pura
si el ingenio, la gracia o la ternura.

DE DON JACINTO CHACON

*A las poetisas de la sociedad: señoras
Mercedes Marín de Solar y Rosa-
rio Orrego de Uribe.*

SONETO

El blanco *lirio* y la *violeta* odora,
Safo y Corina de la patria mía
transformadas en flor de poesía,
saludan en concierto nuestra aurora.

Pulsan las Gracias cítara sonora
y en alas de la ardiente fantasía
baja a este hogar, radiante de armonía,
Emulación, la Musa inspiradora.

Cuando Colón, tras horizontes umbrío,
ve que de aves el coro se levanta,
tierra, gritan, *el porvenir es mío*:

¡Ya el coro oh patria de tus ciones canta,
cobren los genios esperanza y brío
que el porvenir glorioso se adelanta!

Valparaíso, noviembre 6 de 1859.

Nota.—Nos fué imposible hallar los homenajes de los señores: Eduardo de la Barra, Pedro Nolasco Prendez y Ricardo Palma.

ARTÍCULOS

A REGINA

No pierdas, mi querida Regina, el perfumado encanto, que debe tener una joven; este encanto consiste principalmente en la naturalidad y la sencillez. Muéstrate sencilla y natural en todas tus acciones, en tu conversación, en tu manera de vestir y hasta en tu manera de dirigirte al Todopoderoso. Que jamás entre en tu espíritu la inquietud del mundo, ni en tu corazón la ardiente sed de agradar por medio de la coquetería; que se detengan en el dintel de tu hogar las intrigas de sociedad y el ruido de esos placeres nocturnos que exponen la salud, debilitan la inteligencia y despiertan el amor propio.

No busques la felicidad fuera de tu casa; cuida de educar tus deseos, y que tus aspiraciones se encierran en el cumplimiento de tus deberes de niña. As-

pira constantemente a ser más buena y serás más y más dichosa.

Huye sobre todo de aquellos libros que, sin dejar provecho a la inteligencia, extravían el buen gusto y empañan insensiblemente la más pura imaginación; es verdad que apartando de tus manos la moderna literatura no sabrás juzgar a los Dumas, a Alfred de Musset, a Sue, a Jorge Sand y a tantas otras lumbres de la Francia.

Ni sabrás quién es Fernán Caballero, Pérez Escrich, Fernández y González, etc., etc. Mas, esta feliz ignorancia es saludable para la juventud, y muy particularmente para las niñas dotadas de una imaginación ardiente. Estos mismos autores, a quienes admiro por su mérito y colosal ingenio, si vieses en tus manos una de sus novelas, amigablemente te dirían: “—No hemos escrito para usted ese libro”.

Felizmente, hay novelas cuya lectura entretiene la imaginación, sin agitar el sistema nervioso; éstas pertenecen a la escuela realista y se distinguen por su estilo pulcro y elegante y por sus escenas llenas de naturalidad y sencillez. Entre éstas puedo citarte sin inconveniente las de Goldsmith, W. Scott, Disraeli, Bulwer, Dickens y algunas otras que se me escapan en este momento a la memoria. He principiado acon-

sejándote la sencillez y la naturalidad; en estas obras, que leerás en tus horas recreativas, vas a encontrar ejemplos palpitantes de sencillez, naturalidad y modestia.

Mas no de esa modestia falsa que degenera en hipocresía; la noble y verdadera modestia se ignora a sí misma. ¿Por qué una joven debe ser modesta? Porque es mujer.

Encuentran los poetas singular analogía entre las flores y las niñas, y con frecuencia vemos en sus cantos bellos y graciosos, comparaciones en este sentido.

Yo, mi amada Regina, te simbolizaría a tí en una violeta. Esta sencilla flor oculta su aterciopelada corola bajo el verde y natural tapiz que la protege; y como si aún no vastase este velo a su modestia, elige por morada los sitios más ocultos y solitarios de la pradera.

Es verdad que la violeta no se columpia bella y gentil sobre su esbelto tallo, como la rosa o la camelia, ni como esta reina en los jardines, empero su vista nos infunde dulce y religioso respeto por la Naturaleza, y su aroma, ¡ah! su aroma, nos atrae, nos deleita y nos consuela!

DEFINICION DEL AMOR

El amor, en su acepción más lata, es aquel hechizo irresistible que atrae a todos los seres, aquella afinidad secreta que los une, aquella chispa celeste que los perpetúa: y en este sentido todo es amor en la creación.

Considerado bajo el aspecto moral, es una inclinación del alma hacia lo verdadero, lo bello y lo bueno.

Bajo el aspecto religioso, Dios es amor, y el amor es toda su ley. Amor de Dios, soberano Creador de todas las cosas, y amor de los hombres, sus más nobles criaturas: he aquí, en resumen, la teoría cristiana del amor.

Del amor de Dios, que es el amor en toda su plenitud, se deriva la ley armónica del amor del prójimo, el cual comprende, sucesivamente, la *familia*, la

patria y la *Humanidad*, familia inmensa que tiene a Dios por padre y al mundo entero por patria.

Para los fisiólogos, el amor es aquella inclinación imperiosa que atrae recíprocamente los dos sexos, cuyo objeto providencial es la conservación de la especie. En los animales el amor puede no ser más que una necesidad física; mas en el hombre especialmente civilizado, no puede considerarse separado de una necesidad del alma, de un sentimiento moral, sentimiento que acrece hasta lo infinito sus embelesos y su duración; este sentimiento es la *amistad*; ella forma la *mitad* del amor, pero su mitad más pura, su mitad más bella y duradera.

EL LUJO Y LA MODA

¿A dónde va a parar nuestra sociedad con esa moderna plaga que se ha desarrollado en su seno y que si no se le pone remedio pronto, muy pronto, amenaza nada menos que disolver sus vínculos más sagrados? Tal vez, a primera vista, parecerán exageradas estas palabras. Las observaciones que hemos hecho en estos últimos tiempos, los ejemplos palpitantes que a la vista tenemos, los estudios de costumbres a que nos hemos dedicado con religiosa imparcialidad, nos han dado luz sobre la materia y autorizado para decir a los escritores en general y en particular a aquellos que escriben para el teatro:

Mirad que la sociedad se hunde en un abismo de miserias si no oponéis vuestra inteligencia y todos vuestros esfuerzos para dar a las ideas un giro tal que ataque de frente y destruya en su ya peligrosísi-

mo progreso esa locura de brillar por el lujo, origen necesario (si no se le opone una valla) de incalculables estragos para el hogar y, por consiguiente, para la sociedad.

Nos duele confesarlo, pero la verdad es que las mujeres (salvo honrosas excepciones) son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado al becerro de oro! Ellas son las que por satisfacer su sed de lujo impelen a sus maridos y hacen comprender a sus novios la necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres: sobre ellas cae la mayor responsabilidad de todo lo que tiene de materialista, de interesado y de penoso para toda alma noble las costumbres del siglo.

Ni aún pueden las mujeres elegir la natural inclinación de cautivar a los hombres por medio de personales atavíos, pues ya bien lo saben, a éstos les gusta tanto más cuanto menos lujosamente ataviadas se presenten.

Luego el lujo no es, pues, más que un sentimiento de loca disipación, una vanidad que las arrastra, no a parecer más hermosas, sino a parecer más ricas para los demás. Y esto es muy cierto. ¡Cómo han de creerse más hermosas con un vestido que les cuesta la tela

cien pesos, por ejemplo, la que cubierta de adornos y puesto el traje en la persona con su respectivo sombrero sumará sus doscientos largos! Y esto es un solo vestido, uno, y no muy rico por cierto. Verdad es que hay señoras de alto tono, lo que quiere decir de fortuna, que adoptan un modo de vestir adecuado a sus grandes rentas y a su género de vida; pero, ¿es preciso que las que no tienen aquellos recursos, ni pueden llevar la misma vida, adopten el mismo modo de vestir? Pues, sí, señor; no hay remedio: así lo exige la moda, esa bella tirana, y, por consiguiente, la familia de un empleado que gana a duras penas con qué vivir, ha de ponerse el mismo sombrero y usar la misma bota de taco imperial, cueste lo que cueste, que la opulenta señora o la hija del banquero. Y para probar el imperio de la moda no tenemos más que indicar esa magnífica *redondez* que se dan las mujeres de la espalda para abajo, convirtiendo esa parte del cuerpo en una especie de perilla de campanario o en cualquiera cosa que no sea la graciosa y delicada forma de un cuerpo de mujer.

Algunos inclinados a pensar mal, suponen que las poco favorecidas por la Naturaleza y las contrahechas, son las autoras de todas esas extravagancias, incluso la de arrastrar una vara de cola por el suelo.

Esto no podemos creerlo, porque vemos a las jóvenes y a las hermosas usar con el mismo entusiasmo el postizo y encopetado moño, y el mismo tontillo que usan sus mamás y sus abuelas; vemos a la alta lo mismo que a la baja llevar el taco de una cuarta; vemos a la de lindos y diminutos pies usar el traje tan arrastrón como a la que tiene feos y mal formados cimientos. Esto nos induce a creer que lo que las impulsa a todas es el imperio de la moda y el amor al lujo.

Mas, hasta aquí sólo hemos hablado a la ligera del lujo y de la moda; la cosa no pasa de ser meramente ridícula: lo grave, lo penoso está en sus consecuencias inmediata. En primer lugar, como todo en este mundo se liga y cada antecedente trae su consecuente, cada gasto supérfluo y fuera de los alcances del bolsillo trae enlazados otros cien gastos. La suma de estos gastos representa al fin del año o de unos años, la ruina o el deshonor de las familias; poco a poco se va contrayendo el hábito de gastar más de lo que se tiene.

Empeñado ya el amor propio en sostener una posición superior a los recursos con que lícitamente cuenta, hay que echar mano de medios forzosos: de aquí en unos esa fiebre de lucro a toda costa que aho-

ga todos los buenos sentimientos y todas las nobles inspiraciones; de aquí en otros esas quiebras fraudulentas, expatriaciones forzosas, incendios misteriosos, etc., etc. En todas estas maldades bien puede asegurarse que la pasión del lujo entra como el móvil y origen principal de cada diecinueve en los veinte casos.

Pero si la mujer es la reina de la moda y tiene la pasión del lujo, también es ella la que principalmente la paga. El resultado necesario es retraer a los hombres de casarse: el número de las jóvenes que se quedan solteras es excesivo y no tiene otra explicación que el lujo; no hay remedio: es de todo punto imposible; o el hombre es muy rico, o está ciego de amor, cosas algo escasas en los tiempos que atravesamos. Y no hay remedio; ¿cómo puede decidirse un hombre a cargar con las obligaciones del matrimonio tales cuales las ha entablado la moda: el lujo y las costumbres del día?

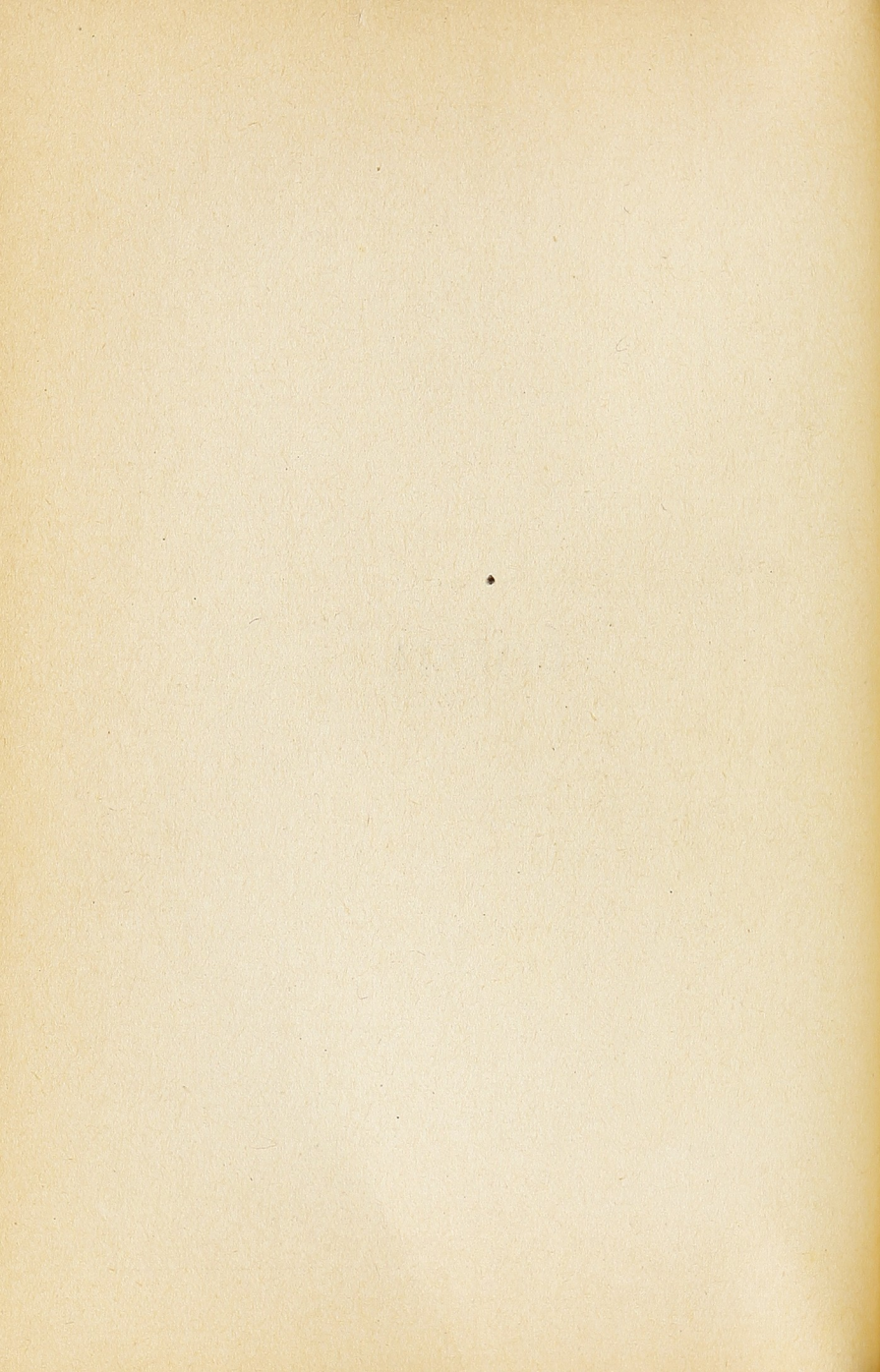
Dicen las mujeres que los hombres del día pretenden hacer un negocio del matrimonio, y que al informarse de una señorita no preguntan si es virtuosa, si es bien educada, sino si es rica. . . Mas, hablando entre nos, ¿pueden hacer otra cosa? ¿Cómo, dirán ellos, acertar con aquella mujer que se contente con

lo que Dios y mi trabajo me den, sin pedirme otra cosa que mi cariño?

Si esto no es cierto, tengan las señoras la bondad de perdonarnos, que sólo el más sincero interés por su bien ha guiado nuestra pluma.

Valparaíso, 1873.

POESIA



A LA LIBERTAD

Hermosa libertad: aquí tu templo
sobre tumbas los hombres han alzado;
a la patria mil héroes han legado
altos destinos y fecundo ejemplo:
O'Higgins, San Martín, Freire, Carrera,
al fulminar de su glorioso acero
abren de libertad la nueva era,
y a Chile aplaude el Universo entero.

Augusta libertad: a tu influencia
las industrias, las artes y la ciencia
altivas se levantan
y un himno en tu loor los pueblos cantan.

A tu impulso traspasa las montañas,
los desiertos y abismos asombrados,
el fecundo vapor; en las entrañas
de los pueblos un tiempo abandonados,
de riqueza y de luz deja simiente.

De libertad al prodigioso ambiente
 el alma se sublima;
 un Dios en su interior el hombre siente,
 y llano y fácil lo imposible estima.

Sublime libertad, fecunda llama,
 emanación del cielo desprendida,
 que anima el orbe y con su fe lo inflama:
 donde floreces tú reina la vida,
 la energía, la luz, el movimiento;
 donde no existes tú no hay ardimiento,
 son los pueblos esclavos enervados
 y por sendas de muerte son llevados.

Mientras que Roma la ciudad grandiosa,
 víctima resignada y silenciosa;
 hoy gime atada al pie de los altares,
 en los libres hogares
 que baña el claro Mississippi undoso,
 un pueblo se alza grande y poderoso,
 que con ingenio intrépido y fecundo
 remueve y cambia el porvenir del mundo.

Atrás cadenas y mordazas viles,
 profanación impía
 que al hombre impone odiosa tiranía.
 Los pueblos varoniles
 quieren ¡oh libertad! claros espacios
 do no haya *tiara*, esclavos ni palacios.

Sagrada libertad: mi humilde ofrenda
no me atrevo a llevar a tus altares;
de mi entusiasta amor son débil prenda
mis desacordes, tímidos cantares:
ante tu sacro altar póstrese el hombre,
y cante el vate al pronunciar tu nombre.

Y tú, patria querida,
alza a la libertad un himno santo;
ella entre escombros, exterminio y llanto
se alzó gloriosa para darte vida;
tus montañas, tus bosques, tus praderas,
en acento de amor, grave y profundo,
¡libertad, libertad!, clamen al mundo.

A MI PLUMA

Bello es lanzar con flexible pluma
sobre un papel blanquísimo y pulido
del corazón el fuego que me abrumba
y en cifras dar un lánguido gemido.

Bello es pintar las galas de natura,
del amor las delicias y pesares,
de María la espléndida hermosura
y el triunfo de la gloria y sus azares.

Es bello derramar con mano leve
las ideas que brotan de la mente;
bello es sentir que otra alma se conmueve
a la presión de un sentimiento ardiente.

Grato es dejar que nuestra pluma eleve
ya el canto alegre o yarabí doliente
y que latan los duros corazones
al descifrar mis tiernas emociones.

Bello es cantar como cantaba Homero,
sentir brotar del alma la armonía,
y al mundo sorprender cual cancionero
que nuevas notas del laúd envía.

¡Pluma querida, estrénate armoniosa!
¡Sé como un rayo arrebatado al cielo!
¡Toca con tu influencia misteriosa
y rasga de mi mente el denso velo!

Sé de mi vida antorcha luminosa.
¡Y da a mi genio el aspirado vuelo!
Sé tú mi estrella en la tormenta oscura
y dame así la paz y la ventura.

EL TEMBLOR

(Poesía leída en la Academia de Bellas Letras)

Con ruido espantoso, profundo, me anuncio,
terráfico agito la tierra y el mar,
de horribles estragos y ruinas soy nuncio,
terrores de muerte me gozo en sembrar.

Se escapan los brutos de obscuras cavernas,
las fieras de espanto temblando se ven;
yo arrecio entre tanto mis fuerzas internas,
que impulsos infunden al loco vaivén.

Yo arranco potente del lecho esos mares
que arrojan sus olas con ímpetu atroz
en montes, campiñas, alegres hogares,
dejando mil tumbas sembradas en pos.

Yo abriendo la tierra vomito candente
la lava que al cielo quisiera escupir;
mi aliento iracundo, mi grito estridente
anuncian que quiero volcanes abrir.

Yo infundo el espanto, derramo congojas
allá en el endeble pacífico hogar;
los montes gigantes los cimbro cual hojas
que céfiros leves hicieran temblar.

El hombre aterrado me cree en su agonía
terrible instrumento de airado Jehová
que azota la tierra sacrílega, impía,
porque él esa tierra pisándola está.

Golpeando su pecho se postra de hinojos,
piedad demandando de innoto poder;
mas yo remeciendo le cambio en abrojos
las flores de su alma, y en luto el placer.

Yo sirvo a esas leyes que al orbe dominan,
que dan a natura su pompa inmortal;
si aquí muere un mundo, mil otros germinan,
que es todo armonía la fuerza vital.

En siglos remotos que el tiempo no cuenta,
temblando la tierra, la mar la cubrió,
y luego natura más bella se ostenta,
y el hombre más fuerte con ella se alzó!

Tal vez este globo sin vida segado,
al caos de nuevo le torne su autor,
y a un otro que gire sin fuerza nublado,
su eléctrico choque le infunda calor.

Las fuerzas que forjan los rayos y truenos
que agitan los mares, y al bronco huracán,
los mundos celestes, de seres mil llenos,
conmigo a esas leyes sujetas están.

El monstruo ya cesa, reposa rendido,
se aquieta la tierra, se acalla su voz;
retorna la calma al pecho aterrado,
murmuran los labios un ¡gracias a Dios!

No quiero tus treguas ¡oh! monstruo; adelante!
Mi altiva entereza no harás sucumbir;
catástrofes siembra, nada hay que me espante;
mas rudas tormentas me has visto sufrir.

Terrífico agita tu eléctrica hoguera,
potente derriba mi débil mansión;
a un alma que sufre, que nada ya espera,
temblores de tierra, ¡qué valen!, ¡qué son!

EN UN ALBUM

A la señorita Lubina Villanueva

Ruega que el genio del dolor no ahuyente
la grata inspiración que me ilumina,
y una guirnalda ceñiré en tu frente
de azahares blancos, mi gentil Lubina.

Libre otro tiempo de enemiga suerte
fácil guiaba mi atrevida pluma,
hoy un recuerdo tétrico me abruma
que el himno alegre en yarabí convierte.

¡Lo que antes viera de color de rosa
ya me lo cubre funeral crespón!
Esta es la vida mi Lubina hermosa:
¡Un gemido!... después negra mansión.

Más en el valle de la vida donde
crecen la duda y el tenaz dolor,
hay una flor que perfumada esconde
dentro su cáliz un panal de amor.

Ya se la encuentre en la desierta arena
o a la orilla feliz de quieto lago,
siempre es la bella y púdica azucena
que el alma embriaga con su dulce alhago.

Si al cruzar por el mundo el peregrino
hondo pesar su corazón consume,
feliz si haya esa flor a su camino
que un bálsamo la brinde en su perfume.

Ella se torna en alma de su alma
en solo objeto de su noble anhelo:
que es la mujer para el mortal un cielo
que vuelve al triste corazón la calma.

Ella ríe por él y por él llora,
ella en su casto corazón le abriga:
hija, madre, o esposa o tierna amiga
mundos de sentimientos atesora.

Y aún cuando el ser a quien amo sucumba
abismando su vida en el no ser,
su ideal amor le seguirá a esa tumba
que riega con sus llantos la mujer.

Tú eres, mi dulce, angelical Lubina,
esa púdica flor, tu adolescencia
llena hoy tu hogar de gracia y de inocencia
en tanto cumples tu misión divina.

LA INSTRUCCION DE LA MUJER

(Poesía leída en la Academia de Bellas Letras)

Instruid a la mujer, si queréis pueblos
que se eleven felices, soberanos.
Mirad que la mujer tiene en sus manos
la vasta cuna del humano ser.

Su mágico atractivo, su alma tierna,
la hacen irresistible y poderosa,
y en el modesto hogar, dulce, amorosa,
crea un mundo a su imagen la mujer.

La vida misma de los grandes pueblos
como en su espejo se refleja en ella:
si es instruída y virtuosa, antes que bella,
allí habrá dicha, libertad, unión.

La mísera ignorancia es para su alma
ruda maleza que una flor marchita
y al abismo tal vez la precipita,
manchando la virtud del corazón.

Hoy Chile no es la patria del pasado!
Ya el telégrafo cruza nuestro suelo,
la audaz locomotora en raudó vuelo
montes y abismos se le ve salvar.

Las ciencias y las artes se difunden,
se ilumina la mente creadora,
el libre pensamiento se enseña
y el extranjero aquí fija su hogar

Y en medio de este mágico concierto
que eleva a nuestra patria a su apogeo,
¡quedará la mujer, débil pigmeo,
sin levantar la mente a otra región!

¿La fuente del saber le fué vedada?
¿No recibió de Dios la inteligencia?
¿Las bellezas del arte y de la ciencia
rudos misterios para el alma son?

Sensible, amante, generosa, ingenua,
escollos mil encuentra en su camino,
¿y cómo ha de luchar contra el destino,
si no adquiere la ciencia del vivir?

Si su espíritu noble es cultivado,
más brillarán las dotes de su alma,
y en la recia tormenta hallará calma
y angélico valor para sufrir.

Pues, ¿qué le sirve frágil hermosura,
 flor que deshoja el hálito del viento,
 si no brilla en su frente un pensamiento
 que revele su origen celestial?

¿Si abandona su rica inteligencia
 bajo el ocio fatal que la domina,
 si no estudia, no piensa, no imagina
 más allá de lo frívolo y trivial?

Todo cuanto es de formas se aniquila,
 la juventud es gala de un instante,
 palidecen las gracias del semblante,
 se niega a sonreírnos el placer.

Mas, siempre joven, vivirá radiante
 del ingenio la lumbre seductora:
 la mente en sus arcanos atesora
 belleza, gracia, juventud, saber.

Si ella más virgen, soñadora y bella
 tiene la viva, la sensible mente,
 no miréis con espíritu indolente
 extraviarse su ingenio en el error.

Mostradle el vasto campo del estudio,
 premiad con noble aplauso su desvelo,
 y amante, inteligente, os dará un cielo
 dando al hogar la dicha y el amor.

AL SEÑOR DON ANDRES BELLO

(Canto fúnebre)

Una corona ciñe tu venerable frente,
la gloria brilla en ella con vívido esplendor,
la inspiración alumbra tu vigorosa mente
¡y un Hado misterioso condénate al dolor!

Como preclaras águilas, desde glorioso nido,
se lanzan a la altura los hijos de tu hogar,
beben la luz, la irradian... dante un laurel florido
y bajan a sus tumbas temprano a reposar.

Genios cobijas *bellos*, cual Haya misteriosa,
espíritus que entonan una inmortal canción,
que en el espacio dejan estela luminosa,
y suben a los cielos en rauda exhalación.

En tu feliz mañana, los huéspedes del cielo,
tus hijos, a tí bajan cual santa bendición,
llega tu noche, y prenden anticipado vuelo
a depararte en coro la celestial mansión.

No así las lentas horas de tu preciosa vida
entregues al luctoso abismo del dolor:
la religión lo manda y en súplica sentida
nuestro espontáneo impulso de universal amor.

Valparaíso, noviembre 7 de 1860.

A UNA AMIGA

(Doña Concepción Barrios de Chacón, con motivo de la muerte de su hijo Aniceto).

SONETO

En los abriles de tu edad florida
cuando aquí todo te brindaba amores,
en esa edad de mágicos colores
tu luz se apagó, y tu ilusión es ida.

¡Cuánta esperanza al realizar perdida!
Cuando tu numen derramaba flores
despuntando del genio a los albores,
troncha la parca el hilo de tu vida.

Tu ser sensible de poeta ardiente,
como a influjo del sol, flor delicada,
fué consumida al fuego de tu mente.

Rompió el crisol esa alma apasionada,
y desde el centro de inmortal ventura
te envía ¡oh madre! su filial ternura.

LA NOCHE

¡Oh! dulce amante de mis blandas horas
único alivio de mis hondas penas,
llega, y los pliegues de tu negro manto
cubran mi frente.

Tú sola brindas deliciosa calma,
noche de encantos, de misterios llena,
tú sola viertes en el alma mía
grato consuelo.

Ya te presentes nebulosa y fría,
lanzando rayos de rojizas lumbres,
vientos que arrancan el altivo roble,
cuando los vientos con fragor tremendo
rasgan las nubes,

O ya esparciendo en la azulada esfera
lejanos mundos, vacilantes astros,
que allá en la mente sin querer derraman
graves ideas.

Cielo estrellado de la noche umbría,
vívidos rayos de argentada luna,
hórridas nieblas del invierno frío,
todo me encanta,

Todo en la noche a meditar convida,
y en ese dulce meditar profundo,
cuántos misterios le revela al hombre
Naturaleza!

Céfiro blando que la flor columpia,
vientos que arrancan el altivo saber,
célicas voces que en la noche me hablan,
¿quién os da aliento?

¿Quién ha formado una creación tan bella?
¿Quién dió a la noche sus lucientes astros?
¿Quién dió a las aguas, a la luz y sombras
límite fijo?

Cuando todo era obscuridad, silencio,
informe masa sin vital ambiente,
¿quién lanzó al caos, fecundante y fúlgido
rayo del cielo?

¿Por qué en el caos de la mente mía
rayo divino a iluminar no vienes?...
Así en tinieblas me pregunto: ¿dónde
está el autor de maravilla tanta?

Y en vano, en vano a la incompleta ciencia
pido respuesta.

La mente audaz al infinito vuela
a escrutar en su frente el gran misterio,
surca el océano de la duda y torna
lúcida y bella.

Y hasta en el cáliz de la flor que bebe
en el rocío su vital esencia,
y aún en la esencia de la flor que aspiro
Dios es quien me habla...

Y hasta en la hoja que arrebató el viento,
y hasta en el viento que medroso escucho,
y hasta en el grato murmurar del agua
veo su mano.

Y yo también como la hoja leve,
como el arroyo que murmura blando
como las voces que modula el viento,
soy obra suya.

Suya es la antorcha que mi senda alumbra,
rica tierra que al nacer me diera,
cual dió a la noche por belleza y gala
fúlgidos astros.

Si a veces llanto que mi rostro quema
sus cuerdas moja de mi humilde lira,

oculta mano al instrumento arranca
sáficos himnos.

Esa es la mano que te presta ¡oh noche!
dulces encantos y misterio y voces...
yo la contemplo en meditar profundo;
callo y adoro.

A COPIAPO

Recuerdos

¡Qué ideas cruzan por la mente mía!
tristeza y alegría
siento yo al recordarte, pueblo amado.
Asilo de ventura
donde veo una luz modesta y pura
ente las turbias nieblas del pasado.

¡Quién tuviera en el pecho la arrogancia
para pensar en la tranquila estancia
donde he pasado la estación florida
sin derramar el llanto
por el perdido encanto
de esa sencilla y deliciosa vida!

Paréceme que ayer no más corría
triscando de alegría
por tus campos sin lluvia, y tapizados
de erguidos lirios, flores, altaneras

que tienen por praderas
desiertos arenales abrasados.

Y dada al viento la melena blonda
sin nada que la esconda
de los ardientes rayos del verano,
tras lindas mariposas
raudas volando entre silvestres rosas,
libre vagaba en el inmenso llano.

Lista acudía a tu ribera hermosa,
en siesta calurosa
y en tu tranquilo mar de claras olas
que transparentan la brillante arena,
cual pequeña sirena
me bañaba cantando barcarolas.

Cuando pasaba aquella edad de niña
dí mi postrer adiós a la campiña
y a la ribera de apacible calma,
admiré tu grandeza
y tu rica sin par naturaleza
dobló de emoción la joven alma.

Contemplé al otro extremo de tu puerto,
tocando ya el desierto,
gigantesco elevarse a *Chañarcillo*,
orgullo de Atacama,
de universal y deslumbrante fama
por sus tesoros de envidiado brillo.

¡Cuánto es hermoso desde inmensa cumbre
 antes que el sol alumbre
 contemplar esos cerros de granito!
 Al mirar desde lejos
 sus vívidos reflejos
 se eleva el pensamiento al Infinito!

Al contemplar las vetas diamantinas,
 hilos de luz que cruzan tus colinas,
 do medra el rocicler, se anida el oro,
 donde cual musgo verdeguea el bronce,
 el hombre exclama entonces:
 ¡Grande es el Creador, aquí le adoro!

¡Y cuán grande es el hombre, y cómo ostenta
 el alma que le alienta!
 Su altiva frente por el sol tostada,
 del *combo* armada su potente mano,
 impera soberano
 en esa regia, colosal morada.

No más escucharé dentro tus senos
 cual si fueran mil truenos
 los estampidos del trabajo fiero.
 Ese estruendo profundo
 que aún que parece desquiciar el mundo
 hace el encanto del feliz minero.

¡Todo es allí magnífico, grandioso!
 El Ande portentoso

dibuja en lontananza el horizonte
y bajo un sol de fuego
envía undoso y cristalino riego
que ávido bebe el abrasado monte

Y en medio de esa gran naturaleza
radiante de belleza
se eleva la mujer de tez morena,
ardiente, apasionada,
de virtudes ornada,
tan tierna esposa como madre buena.

No pisaré ya más esos lugares
do crecen los *chañares*,
ese árbol de la fruta bendecida,
desnudo y secular cual la palmera,
que así como ella en el desierto impera
dando al viajero con su miel la vida.

¡Salud, oh tierra, que entusiasta adoro,
cuna del hijo a quien perdido lloro,
cielo, do goza y vive mi memoria!
Yo te deseo, próspera Atacama,
ricos veneros de fecunda fama
y un porvenir de inmarcesible gloria.

Quien ha perdido en su fatal camino
las bellas flores de su alegre infancia,
quien atesora en su lugar abrojos
desgarradores;

Sabe cuán grato el corazón ansía
 volver al tiempo de la edad florida:
 hoy su memoria deliciosa y pura
 dulce me alhaga.

¡Plácida imagen del hogar paterno,
 bálsamo suave al corazón herido,
 fiel melodía que amorosa suena
 dentro del alma!

Como expatriada de mis caros lares
 ando apartada del rincón lejano
 donde las horas para mí tan breves
 se deslizaban.

Largo es el tiempo que alejada vivo
 de aquella tierra que arrulló mi infancia,
 yo la recuerdo como al rostro tierno
 de ausente madre.

Ora en la cima de la adversa suerte,
 ávida anhelo su feliz ribera,
 y en la estación de su abrasada arena
 leo mi historia.

Quizá la calma se me espera un día
 entre sus ricas, refulgentes sierras...
 ¡Si entre sus peñas de granito muero,
 muero contenta!

A LUIS

Ayer mecía tu inocente cuna
y te arrullaba plácida y feliz:
hoy te mece una nave, y la fortuna
de mí te arranca, idolatrado Luis.

Paréceme que ayer, Luisito mío,
juntas tus manos te enseñaba a orar:
hoy ya sobre la popa de un navío,
niño, dominas el airado mar.

Ayer tus juegos, tu gentil viveza
la dicha hicieron del paterno hogar:
hoy de los quince el garbo y gentileza
te dan del hombre la arrogante faz.

El uniforme del marino austero
te ha despojado de tu blusa dril,
y la espada, la insignia del guerrero,
realza tu persona aún infantil.

¿Eres ya un hombre? En tu tostada frente
como alboreando el patriotismo está!
Ya brilla en tu pupila el fuego ardiente
del jefe osado, del marino audaz!...

Antes calmabas mi profunda pena
niño amoroso, cándido y locuaz:
hoy otro amor tu espíritu encadena...
la fragata es tu madre y es tu hogar.

¡Qué es ¡ay! la gloria si me cuesta llanto,
si yo quisiera retenerte aquí,
si eres mi vida, mi pasión, mi encanto
después que a mi Héctor infeliz perdí!

Sigue, ingrátuelo, la brillante estrella
que al bravo guía al campo del honor;
mas, mira la honra de la patria en ella...
que yo a mis solas oraré por dos!

Valparaíso, Junio de 1862

LA MADRE

¡No es venturoso ¡oh madre! bendito ese momento
en que recoge el alma sus fuerzas de mujer,
y entre el temor y anhelo se escapa el gran lamento
que arranca de tus senos un ser como tu ser?

¡Qué importa el sufrimiento, si al borde de tu lecho
se eleva ya la cuna do está tu serafín,
si con placer ya inclinas el amoroso pecho
dejando entre sus labios la vida que hay en tí!

¡Y cuánto, oh madre, gozas en esos dulces lazos
que ni la misma muerte podrá ya desunir!
Mientras al hijo aduermes en tus amantes brazos
forjas, para él, felices, glorioso porvenir.

¡El hijo! pura esencia de tu fecunda vida
que con amor transmutas en un querido ser.
En él, tu propia imagen, te ves reproducida,
tienes en él tu encanto, tu adoración en él.

¡El hijo! que palabra tan grave y melodiosa!
 Al resonar alhaga y agita el corazón;
 divina poesía que en nota misteriosa
 va al alma de la madre, responde a su pasión.

¡Qué importa que el destino te sea ¡oh madre! aciago,
 que el mundo te encadene con bárbaro rigor,
 que te convierta en llantos un fugitivo alhago,
 que cambie tus sonrisas en íntimo dolor!

¡Qué importan, tierna madre, tan rápidos dolores,
 si Dios puso una cuna dentro tu propio hogar,
 si en ese nido cándido que adornas tú de flores
 un cielo de delicias por siempre has de gozar!

No bien brota una lágrima de tus nublados ojos
 cuando manitas tímidas la vienen a enjugar,
 y arrancan de la vida los ásperos abrojos,
 endulzan la amargura, suavizan el pesar.

Y labios purpurinos te besan exhalando
 ambiente muy más grato que el de aromada flor:
 ¡oh madre! son tus hijos, que en torno retozando
 te estrechan y acarician con infantil amor!

Y, al declinar la tarde, de vida fatigosa,
 si buscas algún bálsamo que calme tu dolor,
 encontrarás la dulce mirada cariñosa
 de un ser que por tí vela con entrañable amor!

A LA POETISA

Señora Gertrudis Gómez de Avellaneda.

De un rincón de la América, señora,
a las plantas del Andes, altanero,
te admira y te saluda una cantora
en rudo verso y con amor sincero.

Yo no sé de los dioses el acento,
idioma tan precioso no he aprendido;
mas tengo de mujer el sentimiento
y en tus versos, señora, yo he sentido.

Tú conmueves el alma a tu albedrío;
me estremece el acento de tu lira,
y tus páginas moja el llanto mío
y el pecho opreso de emoción suspira.

Cuando elevas tus quejas al jilguero
tu amor de niña y único tesoro,
tu amigo fiel, tu bello compañero
que te alegraba con su pico de oro;

Veo la jaula del ingrato amante
estremecerse por la vez postrera
y a tí llorosa, pálida, anhelante
seguir su vuelo por la vasta esfera.

Por tí a esa Cuba tan hermosa veo,
aspiro el grato aroma de sus montes,
en sus bosques de palmas me recreo
escuchando el concierto de sisontes.

Bajo tu pluma hasta el insecto brilla,
la humilde choza y el derruído escombro
la aldeana hermosa y a la par sencilla,
el cazador con la escopeta al hombro.

Desde el Beduino de la faz tostada
que cruza mares de candente arena,
la lengua seca por la sed quemada,
el alma exenta de temor y pena.

La blanca nube que en el éter gira,
la tempestad que con fragor retumba,
la tierna amante que de amor suspira
y aún los misterios de la fría tumba:

Todo tu genio creador lo explica,
todo lo alumbra tu inspirada mente:
tu arpa armoniosa de concientos rica
será el encanto de remota gente.

UNA TUMBA Y UN CLAVEL BLANCO

I

De vida estás rebosando;
esbelto creces y hermoso;
mas en la tumba medrando,
blanco espectro semejando,
serás para el mundo odioso.

Triste destino es el tuyo:
do quiera rey de las flores,
de los jardines orgullo,
y aquí es tu bello capullo
sólo emblema de dolores!

Hoy la hermosa, la elegante
no te prenderá en su seno
para agradar un instante
cual lo hace mi pecho amante
de amor de ultratumba lleno.

No, que en tu blanca y virginal figura
ha grabado la muerte esta inscripción:
¡Bebe tu savia en negra sepultura
reflejo sé de un puro corazón!

¡Pobre clavel! tu vida es mi tesoro!
Blanco como tus flores, mi cabello
hoy va a tornarse con mi ardiente lloro,
mientras tú creces misterioso y bello.

II

Que hay una hora en nuestra vida
angustiosa, torturante,
histórica, sollozante
como eterna despedida.

En aquella amarga hora,
vaga y seca la pupila
ni una lágrima destila
porque el dolor la devora.

Si al cielo vuelvo los ojos
me dice: "Apura el veneno,
ciñe corona de abrojos
que sufrir, sufrir es bueno".

Invoco luego a la muerte,
mas ésta me dice ufana:

"Cobarde, espera a mañana
que tu pena hoy me divierte!".

Busca el alma fatigada
en su valor la entereza,
y a solas con su flaqueza
halla el vacío, la nada!

III

Si humana forma y corazón tuvieras,
si mi acerbo dolor te diera aliento,
penetrado tal vez de sentimiento,
en su tumba, clavel, tú me escondieras.

Tú me enlazaras a tus raíces, donde
mi hijo reposa, inanimado y frío;
mi Héctor que a mi voz ya no responde,
que no se apiada del lamento mío.

De mí ha huído la alegría,
¿culpa mía es suspirar?
¡Ay! la tórtola doliente
lo que siente ha de cantar!

Por la selva ya no vuela;
se desvela con su afán,
si al polluelo más amado
le ha arrancado el huracán.

.....

IV

Mas en los pliegues de la noche oscura,
entre flotante y transparente velo,
yo creo ver de mi Héctor la figura
como un meteoro del filial consuelo.

Y en el suspiro de la noche errante
cual dulce y melancólica armonía
a su espíritu escucho, suplicante,
que a Dios implora por la angustia mía.

Y si caigo
ya rendida
aterida
de penar,
en mi sueño,
cual beleño,
siento dulce
murmurar.
Es su acento
que otro día
repetía:
“¡Mi mamá!”
Y ora dice:
“¡Soy felice,
tanto llanto
seca ya!”

Despierto entonces y murmurando apenas
su nombre, que me arroba el corazón,
quiero estrechar al ser que me enajena,
mas ¡ay! se torna al cielo mi visión.

V

¡Oh tú custodio de una tumba amada,
bello clavel a mi dolor asido,
que brotando de fúnebre morada
eres la efigie de mi bien perdido;
flor de la esencia de su ser formada
si con mi acerbo llanto te he nutrido
rasga el encanto que a Héctor transfigura
y dame a ver su angelical figura!

A LA ESTATUA DE JUAN GODOY

(Descubridor de Chañarcillo)

SONETO

¿Qué es esto? ¡Oh Dios! ¿Por qué de noche y día
siento oscilar mi pedestal entero?
¡Ay, mísero de mí! por qué, el primero,
rompí profano la caverna umbría.

¡Oh Dios! en tu inmortal sabiduría,
por la mano de un pueblo ingrato y fiero,
has condenado al infeliz minero
a sufrir de Colón la suerte impía.

"Con tu robusto brazo encallecido
lega a los hombres colosal riqueza,
que su codicia igualará a su olvido".

Así dijiste, y en letal pobreza
se hunden mis hijos, y el fatal tesoro
es rica fuente de perpetuo lloro!

Valparaíso, diciembre 1.º de 1860.

A UNA POETISA

Tú sientes dentro el pecho incógnitos sonidos,
mil voces que tú, niña, no puedes comprender;
a veces son dolientes, tristísimos gemidos,
o dulces vibraciones de insólito placer.

Espíritus alados perturban en tu almohada
los sueños inocentes de plácida quietud,
y dicen a tu oído que tu alma está templada
para pulsar las cuerdas doradas del laúd.

Y tú la mano tiendes y el instrumento tocas,
y al resonar en tu alma la dulce vibración,
a los alados genios de poesía evocas
para elevarte en alas de ardiente inspiración.

Tú ignoras los dolores del poeta,
tú ignoras, niña, lo que llora su alma;
es un martirio su existencia inquieta;
él no halla dicha, ni placer, ni calma.

Se lanza y cruza los flotantes mundos;
 en alas de su genio toca al cielo;
 desciende a los abismos más profundos,
 y jamás halla su ideal modelo.

De flaqueza y poder conjunto extraño,
 en medio del placer encuentra hastío;
 buscando la verdad halla el engaño,
 y do quiera que mira halla un vacío.

Deja que se abran a la sombra, amiga,
 las bellas rosas de tu edad lozana;
 hoy el cariño maternal te abriga,
 amor también te amparará mañana.

¿Qué valen las hojas del lauro engañoso;
 los sueños de gloria qué valen, qué son,
 si encuentras un alma, si das a un esposo
 amante y amado tu fiel corazón?

Es cierto que es bella la rama sagrada
 que al genio coronas le suele tejer,
 mas antes que ciña tu sien ya nevada,
 mil copas de acíbar tendrás que beber.

La musa de Lésbos te ofrece un ejemplo;
hubiera cambiado su lira por él,
por una cabaña los triunfos del templo;
por blancos azahares su sacro laurel.

La envidia sembró su senda de abrojos;
la Grecia a porfía su lira aplaudió;
la muerte en el alma y el llanto en los ojos,
la voz de la gloria la Safo no halló.

Estrecho era el mundo, mezquina la gloria
a su alma sublime tan llena de amor,
y al ver imposible en dicha ilusoria,
buscó entre las ondas olvido al dolor.

¡Oh diva! yo admiro tu temple inflexible,
tu amor, tu holocausto yo admiro también;
maldita la estrella del hombre insensible
que genio y caricias pagó con desdén.

Escucha mi ruego, sirena inocente,
ahoga en tu pecho la voz virginal;
que Apolo no bese tu cándida frente,
que a veces el numen es genio del mal.

AL INSTITUTO DE VALPARAISO

Naciste ayer como ilusoria idea
y te acogió la tímida esperanza;
mas, de un pueblo el clamor todo lo alcanza,
y hoy eres realidad.

Y alzándote, cual astro luminoso,
lleno de vida, fúlgido apareces,
y a la familia americana ofreces
la luz y la verdad.

A tu modesto pórtico, solícito
acude el padre a deponer su ofrenda,
y a tus rectos consejos encomienda
de su hijo el porvenir.

A par que ciencia, al candoroso niño
dale amar la virtud con dulce imperio:
y dale, así, con sólido criterio
la ciencia del vivir.

Si tu palabra en la razón del joven
 es germen tal que la fecunde o mate,
 haz que a la patria reverente acate,
 que la ame con pasión. . .
 ¡Ay, mísera de mí! también yo un día
 en tus jardines, de entusiasmo llena,
 ver esperé mi cándida azucena
 abrirse a la razón.

¡Bello y fugaz ensueño de ventura!
 ¡Ay! la esperanza huyó del pecho mío
 como esa flor que marchitó el estío. . .

 ¡Recuerdo de dolor!

¡Un suspiro del alma, eso es el hombre! . . .
 mas, no así tú que te levantas fuerte;
 triunfante pasarás sobre la muerte
 cual genio bienhechor.

Los hijos de los hijos a la tumba
 irán en confusión desapareciendo
 y en luces y esplendor tú irás creciendo
 cual astro matinal.

Y en las remotas playas de la América
 faro serás de océano tempestuoso:
 ¡Alumbra, alumbra, el caos tenebroso. . .
 No hay sin luz libertad!

Valparaíso, julio 12 de 1862.

A LA SEÑORA DOÑA MANUELA CABEZON DE RODRIGUEZ

Deja, señora, su memoria escrita
el sabio en indeleble pergamino,
y el filántropo deja en su camino
huella de luz benéfica, infinita.

Tu nombre, así, de bendiciones lleno,
como la estrella de la patria mía,
aunque tú bajes a la tumba un día
de padre a hijo guardará el chileno.

Tu dicha misma, tu existencia entera,
desde el alba al ocaso, has consumido
por derramar la luz, viva lumbrera
de un pueblo que te adora agradecido.

Joven llegaste a Chile, y diligente,
al ver de la mujer la suerte triste,
buena *samaritana*, le ofreciste
de nueva vida y de virtud la fuente.

Y en tan noble misión, tu santa hermana
se secundó cual digna compañera,
y ambas ardiendo en caridad cristiana
fijan de la mujer la nueva era.

Y a los esfuerzos de tu amor prolijos
se alzó, discreta, bella y hacendosa,
la moderna mujer, culta y virtuosa,
dando a la patria más preciados hijos.

¡Gracias! heroica, infatigable dama,
de nuestras tiernas hijas bienhechora;
¡Dios en el cielo te dará, señora,
el bien que aquí tu corazón derrama!

Valparaíso, 1874.

A SANTIAGO

(Recuerdos)

¡Cuán bellos recuerdos te guarda la mente
ahora que ausente
suspiro por tí!
Ojalá que un día plugiera a mi suerte,
llevarme a tus muros; volviera yo a verte
ciudad de placeres, Santiago gentil.

Si fuera ya un ave, tendiera mi vuelo
hacia ese tu cielo
que inspira el amor,
y allá en tu Alameda de acacias gigantes,
do buscan la sombra los tiernos amantes,
colgara su nido tu alado cantor.

Mas ya que no tengo las alas de un ave,
mi cítara grave
saluda por mí
tu fresca Alameda, tus aguas corrientes,
tus plazas que adornan purísimas fuentes,
orladas de rosas y blanco alelí:

Tus bellos palacios, tus calles hermosas,
 tus hijas preciosas
 de pálida tez,
 huríes vestidas de ricos cendales,
 que tienen los ojos y el alma orientales,
 y tienen de Chile la noble altivez.

Salúdete al Andes su cumbre vecina
 que el sol ilumina
 con luz de zafir,
 semeja a un gigante que cela a su amada
 alzando a las nubes su frente nevada.
 ¡Santiago, te aguardo! parece decir.

¡Santiago! qué se aspira en tu brisa
 que allí se desliza
 la vida tan bien!
 ¿Qué baño de rosas recibe allí el alma,
 que torna a ser joven, y en plácida calma
 se forja la mente de dicha un Edén?

Feliz si los genios de dulce armonía,
 mi amante poesía
 llevaran a tí.
 Feliz si cual cisne que trémulo canta,
 posando en tu suelo la tímida planta,
 mi nota postrera te diera al morir.

A LA SEÑORA MERCEDES MARIN DE SOLAR

SONETO

Tu nombre oí; mi corazón ardiente
osó aspirar al lauro del poeta:
¡no al blanco lirio iguala la violeta!
Loca ambición de espíritu impaciente.

Ora más libre de ilusión la mente
no por brillar ante tu sol se inquieta,
ni por llegar a la elevada meta
donde alcanzó tu inspiración potente.

Hoy no admiro ya en tí la gran señora,
la poetisa de gloriosa fama;
admiro al ángel que piedad implora,

A quien *su madre* el desdichado llama
y que, al cerrarse la entreabierta huesa,
le arrebató al patíbulo su presa.

Valparaíso, octubre 20 de 1859.

INSOMNIO

Pulsa tus cuerdas desvelada, ¡oh lira!
Mientras el tiempo en su carrera avanza,
no un sol de fuego con su ardor me inspira;
noche sin esperanza
es la noche que mira
mi conturbada mente en lontananza.

¿A dónde hallar un corazón tan frío
que en mi lugar no sienta
la dicha que por siempre ora se ausenta
dejando en pos hastío
bajo un cielo sombrío
y en lo íntimo del alma una tormenta?

Ya es media noche, y el insomnio acrece
y aumenta mi amargura
¿dónde está el sueño, un tiempo mi ventura?
hoy de mí desaparece,
cuando en sus brazos voluptuosos mece
aletargada y bella a la natura.

¿Qué importa a mi agitado pensamiento,
 sumido en pesadumbre
 que esté la tierra hermosa, el firmamento
 más diáfano al través de su techumbre
 si no hay luz que me alumbre
 para admirar tan vasto monumento?

También como a mí, al mar insomnio y pena
 le aflige en esta hora.
 Esa voz con que agita su melena,
 ya ronca y gemidora,
 al morir en la arena,
 parece más que mar, alma que llora.

¡Quién lo escuchara en tempestad deshecho
 amenazando el suelo,
 terrible y agitado cual mi pecho;
 rudo y potente desafiando al cielo
 y abandonando su profundo lecho
 dar desastroso fin a mi desvelo!

Más temo yo a ese mundo que a la sombra
 de su antifaz odioso,
 el camino de espinas nos alfombra.
 Que a ese mar tempestuoso,
 a un corazón herido y sin reposo
 el horror de la muerte no le asombra.

¿Y qué puede temer una alma fuerte
 de ese sueño de muerte?

Terribles son del alma las pasiones,
de un venturoso amor las decepciones
y el tormento que advierte
las dulces y perdidas ilusiones.

Pálida luz ya asoma en el Oriente
de azul y nieve alada,
cual una hermosa virgen desposada
que oculta en tules la modesta frente
y avanza lentamente
esparciendo en el suelo la alborada.

Y llega Febo en su fulgurante coche,
donde la vida en gérmenes encierra;
abre a la flor el perfumado broche,
toma el arroyo en la nevada sierra
y alegría y amor deja en la tierra;
sólo en mi corazón queda la noche!

MIS LAGRIMAS

(A Héctor)

SONETO

¡Oh lágrimas! corred por la pendiente
de mi penosa vida acibarada,
rodad por mi mejilla marchitada
como arroyo que fluye mansamente.

Hora que plugo al Ser Omnipotente
herirme en la afección más adorada,
tiemblo que el alma opresa, desgarrada,
agote en su dolor vuestra corriente;

Que aunque amargo es el llanto de mis ojos
riega al caer el huerto funerario
con que cubrí de flores sus despojos;

También lloró María en su calvario
hasta que alzando el sacrosanto vuelo
al hijo que perdió se unió en el Cielo.

EN EL CEMENTERIO DE VALPARAISO

De hinojos sobre el mármol de la mansión de luto
me encuentro muda, inmóvil, pensando sólo en él,
pagando con mis lágrimas tristísimo tributo
a la memoria dulce de aquel que tanto amé.

El alma acongojada respira dulcemente,
mi corazón herido se siente aquí mejor,
refrescan esas brisas mi enardecida frente,
pues miro entre esas tumbas un algo de mi amor.

Una plegaria santa dirige el alma al cielo
y le responde el ruido, del murmurante mar,
que, cual un otro abismo de transparente velo,
extiéndese a la vista de ser que viene a orar.

El eco de los vivos resuena allá distante
y llega a este santuario cual nota bacanal;
pero lo apaga la ola cual plañidera muerte,
y, a poco, reina en torno silencio funeral.

¡Sepulcros donde yacen mil seres en la nada!
 ¡Mis mudos compañeros de llanto y soledad!
 Más quiero yo el silencio de esta glacial morada
 que el ruido de ese mundo donde mi amor no está.

Más, ¡ay! qué veces juzgo que espíritus me invocan...
 ¡Mi corazón entonces se hiela de pavor!
 Las inscripciones me hablan y nombres mil evocan
 y entre ellos veo el de Héctor... el de Héctor, ¡oh, dolor!

¡Oh, Dios, y en noche horrenda, bajo esta losa fría,
 ha de morir un ángel que luz y vida fué!
 ¡Y aquí, su triste madre, vendré yo día a día,
 y entre esa turba siempre su nombre habré de ver!...

¡Oh, sombras! si os ofende mi despechado acento,
 si vuestro sacro asilo me atrevo a profanar,
 ¡perdón! Soy una madre, me embarga el sentimiento...
 ¡Dejadme entre vosotras, dejadme aquí llorar!...

Julio de 1862.

A LA SEÑORITA ROSARIO GOMEZ ZALDIVAR

(Muerta en el naufragio del "Tacna")

Sobre las ondas de la mar dormía
la dulce niña en su tranquilo lecho;
tal vez soñaba, y en su casto pecho
apasionado el corazón latía.

Soñaba en tanto que el bajel se vía
tumbar cual concha en huracán deshecho...
pasó un instante! y en fragmentos hecho
en los abismos de la mar se hundía.

De aquella noche entre la negra bruma
se vió a una virgen como blanca rosa
luchar con olas de nevada espuma...

Hoy ya entre algas y coral reposa,
¡pero, la esencia que su ser perfuma,
brilla más pura en la mansión dichosa!

ASI QUIERO MORIR

¡Quién pudiera morir como esa noche
que miro evaporarse suavemente!
Blanca y aérea al firmamento sube
en las ligeras alas del ambiente.

¡Quién pudiera morir como esa estrella,
eclipsarse no más unos momentos,
y volver a brillar, feliz como ella,
en otros azulados firmamentos!

¡Quién pudiera ser raya de la aurora
y, al declinar la tarde, confundirse
en medio del crepúsculo que dora
la moribunda luz al despedirse!

¡Quién pudiera ser flor, y al marchitarse,
el cáliz doblar sin agonía,
y aún pálida e inerte al deshojarse
derramar en las auras la ambrosía:

Mas yo no soy ni flor, ni nube errante,
ni un astro de esos mundos destellados...
¡Yo tengo un corazón, una alma amante,
que han de ser a pedazos arrancados!

Por eso quiero ser átomo leve,
aliento perfumado de la brisa,
para burlar el sufrimiento aleve
y morir exhalando una sonrisa.

Que en tu seno no más, Naturaleza,
la muerte es un desmayo voluptuoso,
un cambio de expresión y de belleza;
y nada se hunde en eternal reposo.

DESALIENTO

Bellas voces del alma, lira amada,
rayo de inspiración que el bardo siente
cuando crea mil mundos de la nada
y otro universo en la inspirada mente.

Cuán triste os digo adiós, ora que siento
en mi pecho esas voces vibrar solas
como los ecos de aquilón violento,
como los ayes de agitadas olas!

Armónico instrumento que a mi mano
tan dócil y sonoro parecías:
nunca tus cuerdas ha pulsado en vano;
tú fiel mis impresiones traducías.

No a mísero capricho está sujeto
el numen celestial vida del alma.
Ordenad a ese mar que se esté quieto,
que no produzca miel aquella palma.

Sin saber cantar las pintadas aves,
sigue su curso rápido el torrente,
la flor derrama su perfume suave,
suspira entre las ramas el ambiente.

Y siguiendo esa ley de la armonía
que dirige los cielos y la tierra,
el corazón exhala en poesía
cuanto de bello y delicado encierra.

Y hoy que a más alta inspiración me entrego,
la negra envidia con furor de hiena
en mi pecho sofoca el sacro fuego
y a perpetuo silencio me condena.

Piensa ese monstruo que una blanca estrella,
iluminando el suelo que yo piso,
me brinda dichas con su lumbre bella
y convierte mi vida en paraíso!

Y por eso los tétricos semblantes,
y esas torvas sonrisas que me hielan,
esas lenguas de acero fulminantes
que lira y alma anonadarme anhelan!

¿Qué importa, empero, al águila altanera
que en raudas alas por el éter gira,
de insectos mil la turba vocinglera,
si nunca abajo de sus plantas mira?

¿Qué importa al pensamiento, rey del orbe,
llenar con sus sonidos el ambiente,
si en su estrecha prisión todo lo absorbe,
si dentro de sí mismo es elocuente?

Cantando el ruiseñor en la floresta
sin saber que obedece a la natura,
qué auditorio le escucha, no le inquieta,
ni busca en el aplauso la ventura.

Dioses de la armonía, yo os invoco:
para extinguir la voz en mi garganta ...
para callarme mi valor es poco;
para cantar mi voluntad es tanta!

CARA IMAGEN

SONETO

¡Gloria, felicidad, vanos acentos!
pasó el tiempo divina poesía
en que tus notas ricas de armonía
oía hasta en el ruido de los vientos.

Eres tú mi delicia, tus contentos,
bajo la calma de la noche umbría,
dictaban a mi joven fantasía
presagios de dulcísimos contentos.

¡Esperanza fantástica, ilusoria:
quise ilustrar a mi hijo adolescente,
quise legarle un nombre, una memoria!...

Más ya murió!... Mi corazón no siente
ni ansia de dicha ni ambición de gloria
y densa obscuridad cubre mi mente.

A MENDOZA

(Con motivo del espantoso terremoto del 20 de mayo de 1861)

SONETO

Entre sangrientas ruinas sepultado
un pueblo hermano ¡oh cielo! se presenta
y en vano el hombre rescatarle intenta
que sólo encuentra un cementerio helado.

Y ¡ay! infeliz del que se cree salvado
del ímpetu del cráter que revienta,
pues su horroroso espanto se acrecienta
ante el hijo o hermano mutilado.

Cuadro de angustias y agonías lleno,
la que nos diera libertad un día,
ofrece al mundo en su fatal destino.

En tanto el grato y leal pueblo chileno
con un voto de inmensa simpatía
da nueva vida al pueblo mendocino.

A UN NIÑO ACROBATA

¿Es verdad que en la cuerda tendida
te abalanzas con arte y donaire
cual un ave gentil que en el aire
atraviesa los mares sin fin?

¿Que a tus plantas la muerte sonríe
y a tu paso te entreabre un abismo;
más que un ángel te infunde heroísmo
y la burlas, mortal serafín?

¿Que en tus tiernas, angélicas manos
juguetea balanza traidora
y al compás de la orquesta sonora
revolando en el cielo te ves?

Y que al verte tan niño y hermoso
con la estrella del genio en la frente,
desgarrada va el alma y pendiente
de tus leves y frágiles pies?

¡Y hay un alma de madre que pueda
 en la cuerda fatal contemplarte;
 que prefiera los triunfos del arte
 al tesoro de amor que hay en tí!

Yo del hilo traidor te arrancara,
 te estrechara a mi seno gozosa,
 y un ¡mamá! de tus labios de rosa,
 alma mía, me hiciera feliz!

¡Ay! sin duda tus padres no saben
 que en tí juegan su propia ventura;
 que es un hijo la ofrenda más pura
 que en la tierra concede el Señor!

Y te arrojan a un circo de muerte
 tapizado de lauros y flores,
 do no causan placer sino horrores
 tus prodigios de gracia y valor.

Sigue, niño, tu infausta carrera,
 ve cruzando ciudades y zonas,
 coge incauto las bellas coronas
 que en tus sienes los hombres pondrán;

Que entre las jóvenes madres
 al mirarte suspenso en el cielo,
 con el alma cubierta de duelo,
 ¡vida mía! por tí rogarán!

A UNA JOVEN LOCA DE PESAR

Era joven, era bella,
era de su hogar la estrella,
y su brillante fulgor
iluminaba la vida
de otra alma a que estaba unida
con ardiente y casto amor.

Esa alma volóse al cielo,
y ella se abisma en el duelo;
siente pánico pavor:
murió, dijo... y queda luego
en espantoso sosiego,
en silencio aterrador.

¡Miradla en su hogar sentada
con la frente reclinada
sobre su pálida sien!
No se queja ni suspira;
mas la infelice delira
con otro mundo, otro edén.

Ese hogar que ha sido el templo
de la dicha; y el ejemplo
de la honradez y virtud
hoy es escombros, memoria...
De la vida esa es la historia:
una cuna, un ataúd...

Víctima del dolor, niña sensible,
un poema de amor tu faz revela
y en tu mirada incierta y apacible
hay algo de fatídico que huela!

Dime ¿qué sientes cuando así abismada
ves pasar ante tí hora tras hora?
¿Qué buscas en el espacio tu mirada?
¿Por qué tu corazón sufre y no ora?

En vasta soledad hoy vaga tu alma
huérfana de placer, de luz, de vida...
Quizá el delirio sus dolores calma
tal vez soñando su pesar olvida.

Eran dos seres en una alma sola,
belleza, juventud, amor constante
formaron lazos que la muerte inmola
dejando herida a la infeliz amante.

Cual en tallo gentil flor hechicera,
de la Naturaleza hija mimada,

principiaba su hermosa primavera,
por un rayo de amor acariciada.

Mas negra tempestad cubrió su cielo,
un rayo vino al corazón derecho,
dejó cenizas al herirlo, y hielo
y llanto, y soledad dejó en su lecho.

¿Y llanto? Llanto no, que si rodara
por su pálida faz líquida perla,
las nieblas de su mente disipara,
y el ángel del dolor sonriera al verla.

Esa gota voraz del sentimiento
en sus tranquilos ojos ya no asoma:
hoy duerme en esa frente el pensamiento
cual duerme bajo el ala la paloma.

Dejadla, por piedad, que si despierta
llamando el dulce esposo que ha perdido,
verá una tumba ante sus pies abierta
y el alma lanzará con su gemido.

PLEGARIA A MARIA

Una mirada te pido
dulce, amorosa, María,
consuelo del alma mía,
refugio del corazón.

Te pido la fe sencilla
que calme mi ansia materna
y me diga, no es eterna
la humana separación.

Señora, enciende en mi alma
esa antorcha pura y santa,
ese amor que nos levanta
de este mundo a otro mejor.

De este mundo que nos cobra
por la dicha de un momento,
mil horas de sentimiento
o de profundo dolor.

Nunca en la vida he encontrado
ni alegrías ni consuelo,
y hoy envuelta en denso duelo
¿qué puedo de ella esperar?

María, trémulo el labio
te invoca desde el vacío
que ha dejado ese ángel mío
que en tus brazos voy a hallar.

Yo soy cual tórtola errante
que en triste selva apartada
día y noche en la enramada
llora al nido que perdió.

Soy débil caña a la orilla
de un océano tempestuoso:
¡en su abismo misterioso
mi esperanza feneció!

Tú, de los hombres enjugas
el llanto con mano pía,
y al que en tu bondad confía
le das horas de placer.

Tú, halago del pensamiento
ilusión que el alma adora,
de esta noche bella aurora
guía y luz de la mujer;

A tí dirijo ¡oh, María!
mi tristísima plegaria,
desde la urna funeraria
que guarda todo mi bien.

¡Vuelve a mí tus dulces ojos,
mira mi intenso delirio
y la espina del martirio
arranca ya de mi sien!

ANIVERSARIO FUNEBRE

Jamás el odio insano mi mente ha conturbado,
ni la venganza impía manchó mi corazón!
Lisonjas, vanidades, en mi alma han encontrado
dignísimo rechazo, sincera indignación.

Jamás a mí tendiera su temblorosa mano
el mísero mendigo con angustioso afán
sin que bajo su harapo no viese yo un hermano
con quien partir debía solícita mi pan.

¡Y cuando de una madre vi derramar el llanto
sin que mi pecho hiriese simpático dolor!
Sin que yo compartiese con ella su quebranto
al ver sin vida al hijo, al hijo de su amor?

¿Por qué, ¡Bondad divina!, tu cólera desatas
contra mi pecho henchido de ardiente caridad?
¿Por qué, si buena he sido, tan tierno me arrebatas
al hijo que alegraba mi desdichado hogar?

¡Mi Dios!, ¿cómo creíste cupiese en débil seno
tan hondo sentimiento, tan íntimo pesar?
Guardada por ese ángel mi corazón fué bueno
y hoy llego en mis angustias ¡impía! hasta dudar.

Postrada en su sepulcro, sumida en la amargura,
pensando en su destino, luchando con la fe,
anhelo en mi impotencia un rayo de luz pura
para alcanzar a donde sólo tu vista ve.



Disipa ¡oh Dios! las dudas que engendra el sen-
[timiento,
las nieblas que me impiden hasta tu trono ver,
que junto a tí yo mire bellissimo y contento,
cual ángel de tu cielo, al hijo a quien dí el ser.

Yo sacudiera entonces el polvo funerario
que mi razón ofusca y pesa en su ataúd,
y en esa tumba viera la puerta del santuario,
el lecho donde mi Héctor cobra inmortal virtud.

¡Ay Dios! cumpliósese un año que me robó la muerte
al hijo de mi vida, a mi Héctor, a mi amor,
un año a que yo viera su bello rostro inerte,
un año a que yo vivo muriendo de dolor.

¡No sé cómo he pasado el año que ya expira!
parece que he dormido con él en su ataúd
y al despertar, de nuevo mi corazón delira
y un fúnebre lamento arroja mi laúd.

Valparaíso, diciembre de 1861.

A MI LIRA

¡Lira, a mis manos armoniosa, acude,
íntima, ardiente aspiración del alma,
fuente sonora en el desierto mudo
de mi existencia.

Ya pida al cielo que mi vida corte,
o ya serena me resigne al hado
siempre tú, dócil, mi doliente lira,
cede a mi mano.

Mi alma está triste, se marchita y cae
como una planta que en la selva brota
sin que del astro fecundante un rayo
tibio la bese.

¡Yo vivo triste! el corazón herido
ya de entusiasmo o de placer no late,
llanto perenne, pesadumbre intensa
mi alma devora.

Soy sombra errante de la noche oscura,
soy el suspiro que remeda el viento
cuando las ramas del ciprés columpia
sobre una fosa!

Atomo leve en el desierto marchó
siempre adelante sin saber adónde
sin que una luz, una esperanza guíe,
mi incierto paso!

Quizá mañana llegaré ya al borde
del grande abismo, del sepulcro helado,
y allí el olvido borrará mañana
mi frágil huella.

Y ni un recuerdo como aroma suave
irá hasta el trono de mi Juez severo,
y ni una gota de amistoso llanto
caerá en mi tumba

Mas tú, mi lira, como un casto beso,
como el suspiro de apenada virgen,
como el sollozo de inocente niño
vibra sonora.

Tú, mis delirios y mis ondas penas
o mis suspiros y mis sueños blandos,
cuando a la noche del olvido baje,
guarda por siempre.

Mas, entretanto que en el mundo vago
dame tus goces inefables, puros;
sean tus notas melodiosas, tiernas,
gritos del alma!

¡ESCONDE TU DOLOR!

El corazón de tierno sentimiento
a quien persigue la desgracia impía
no turbe de los hombres el contento
con destemplada y lúgubre armonía.

¡Ay! que yo incauta en mi tenaz locura
lancé a los vientos mi dolor profundo,
sin reparar que sólo la ventura
comprenden los felices de este mundo.

¡Qué ha de entender el mundo mi gemido
si va tras ruido, y júbilo y encanto!
“¡Esconde tu dolor, bebe tu llanto!”
Murmuran los prudentes a mi oído.

Esto de amigos labios he escuchado,
y he escondido mi llanto dentro el pecho,
y aún que al caer el alma ha desgarrado
sofoqué mi dolor y mi despecho.

Sola me encuentro, y sola entre esos seres
de vasta ciencia y bello entendimiento
a quienes falta el don de las mujeres
el malhadado don del sentimiento.

Del sentimiento delicado y suave

que nunca ve con reflexiva calma
¡ay! destilar las lágrimas del alma,
que las comprende y enjugarlas sabe.

¿Será tal vez que la orgullosa ciencia
aniquila ese rayo de ternura
que alienta el corazón cuando está pura
de egoísmo y saber la inteligencia?

La flor del sentimiento es rica esencia
que endulza de la vida la amargura,
y esa intuición que es luz del alma mía
falta a quien sólo la razón le guía.

Valparaíso, enero 6 de 1862.

SOLEDAD

Ya la fe en la amistad y en el amor
que embriagó el alma en la primera edad,
pasó cual el perfume de la flor,
dejándome silencio y soledad.

Hoy ya ese mundo que a mis pies se agita
contemplo triste y con serena calma;
veo los goces que a gustar me invita,
sin que por ellos se conmueva el alma.

¡Ese sueño de amor y de ventura...
ese anhelo de gloria y porvenir,
llevóselo al nacer la desventura,
y en la tumba de mi alma fué a morir!!...

TERESA

(Episodio de la época de la Independencia)

(Novela corta escrita el año 1870.
Hoy totalmente agotada).

I

En el año de 1813, época en que los chilenos batallaban en los campos del Sur contra el ejército español del general Pareja, una fragata avistó a Valparaíso ostentando en su palo mayor la enseña de Castilla: era la *Warren*, buque corsario, patentado por el virrey del Perú.

Una sola idea hizo palpar a la vez los corazones; capturar al insolente corsario fué el pensamiento de todos los patriotas.

Era preciso para ello equipar prontamente buques, sin poseer un solo casco, ni armamento, ni marineros, y careciendo aún de capitales. Se necesitaba, pues, mucha audacia, y, por fortuna, los hombres que dirigían entonces los negocios no carecían de fibra y de iniciativa.

Todo estuvo listo para el 1.º de mayo: la fragata *Perla* y el bergantín *Protillo* debían salir al día siguiente a dar caza a la *Warren*.

Eran las doce de la noche de aquel día. La población de Valparaíso parecía profundamente dormida bajo los rayos de una luna llena. Ella reposaba después de largos días de agitación y trabajos pasados en los aprestos de las naves. Sólo se dejaba oír el ruido triste y uniforme de las olas al extinguirse lentamente sobre la arena.

De súbito la puerta de una casa, situada no muy lejos de la playa, se abre, y una voz de hombre, firme y sonora, dice:

—Buenas noches, Luis; señorita Teresa, hasta mañana.

—Hasta mañana, Jenaro—contestaron dos voces simpáticas desde el interior de la casa, y la puerta se volvió a cerrar.

—¡Dios mío! ¿Qué va a suceder mañana? Creo que la inquietud no me dejará dormir esta noche.

Esto decía Teresa, bella joven de 19 años, al entrar en su aposento, después de haber despedido a Jenaro.

—Duerme, niña, duerme — le dijo su hermano Luis—y no temas; mañana tendremos un hermoso

día; haremos ver a esos soberbios españoles de cuánto es capaz un pueblo cuando defiende su libertad... ¡Y yo que hasta ahora no he podido contribuir a la independencia sino con erogaciones en dinero!... más, pronto será otra cosa. Dentro de pocos días serás mujer de Jenaro, y entonces, ya completamente libre, me marcharé a ponerme a las órdenes del general Carrera.

—¿Separarnos? ¿y tan pronto? ¡Y tal vez para siempre!—murmuró Teresa, enternecida.

—¿Qué harías tú en mi lugar?—contestó Luis.

La joven miró a su hermano y exclamó:

—Yo iría a morir como nuestro padre, en defensa de la patria.

—¡Ya lo ves!... Morir por la independencia, después de haber asegurado tu felicidad, será una hermosa muerte.

Mas, notando que los grandes ojos de Teresa se llenaban de lágrimas, le dijo:

—¡Vamos!, déjate de llanto; hablemos de otra cosa... Con que serás feliz con Jenaro, ¿no es verdad?

—¡Mucho!—exclamó la joven con acento apasionado;—¡cuánto me ama!... y yo... ¡Dios mío!

—Acaba—exclamó Luis, riendo.

—¡Burlón!—continuó Teresa;— ¡quiera Dios po-

ner en tu camino una joven que te ame como amo a Jenaro! Pero yo charlo cuando debía estar implorando al cielo el buen éxito de su empresa . . . Un abordaje debe ser una cosa terrible, ¿no es así, Luis?

—Terrible, si se quiere, cuando se contempla a sangre fría; mas cuando la señal es dada, y se abalanzan como poseídos de un vértigo a la cubierta enemiga; cuando se estrechan cuerpo a cuerpo, teniendo a cada instante sobre la cabeza un arma mortífera y el abismo a los pies, entonces no se teme morir; entonces vencer es el pensamiento dominante, y en aquellos casos el que más hiere es un valiente y a veces un héroe.

II

Mientras los dos hermanos hablaban así en la víspera en que se intentaba un abordaje sobre la *Warren*, Jenaro, joven español, pero al parecer adicto a la patria, se dirigía a su casa: llegado ahí tomó un par de pistolas, puso en sus faltriqueras algunos saquitos de dinero, y salió encaminándose con paso más que regular en dirección hacia Playa-Ancha. Al llegar a una de las primeras caletas del lado Sur, se detuvo, sacó un silbato y lo llevó dos veces a sus labios. A poco

se dejó oír ruido de remos en el agua; pronto un bote atracó a la orilla, un hombre saltó a tierra y fué a estrechar la mano de Jenaro, que salió a su encuentro:

—Esta será nuestra última entrevista, amigo mío, —dijo Jenaro;—todo lo hemos arrojado por venir a avisarle, capitán, que mañana sale, por fin, la escuadrilla insurgente a abordar la *Warren*, y lo harían ¡por San Antonio! si no hubiese usted encontrado amigos por acá.

—Eso lo veríamos, don Jenaro; la causa del rey es la de Dios—exclamó el capitán.

—¿Está todo allanado?

—Todo—contestó Jenaro.

—¿Se entregó el dinero al italiano?

—No; cuando haya consumado su obra debe recibirlo de mano de usted.

—¡Qué diablos! No me queda un cuarto.

—A eso vengo—interrumpió Jenaro; y entregándole el dinero, le dijo:

—Ahora, capitán, adiós, temo una celada.

Y sin aguardar más desapareció.

Al día siguiente, 2 de mayo, púsose la *Warren* a la vista del puerto.

La escuadrilla patriota zarpó a las nueve de la mañana.

El día era bellissimo, una brisa suave rizaba las aguas; el horizonte aparecía claro y despejado. Mucha parte de la población coronaba los cerros y afluía hacia la playa. En todos los semblantes se reflejaba el contento y la esperanza.

Entre tanto, el *Potrillo* y la *Perla*, que componían la expedición, salían del puerto. El buque corsario se hizo mar afuera, pareciendo evitar un encuentro. Las naves patriotas largaron toda vela para darle caza.

De improviso, y cuando éstas se hallaron fuera del alcance de las baterías del puerto, se vió al corsario detenerse en actitud de aceptar el combate. En ese momento la *Perla*, que había tomado la delantera al *Potrillo*, se acerca hasta ponerse al costado de la *Warren*, que la dejó aproximarse sin disparar un tiro.

En el acto la *Warren* y la *Perla* unen sus fuegos y atacan al *Potrillo*, que cae desprevenido y presa de una infame traición.

Un marinero italiano, sobornado por Jenaro y otros españoles residentes en Valparaíso, había consumado una revolución en la *Perla* y entregádola al enemigo.

III

Pocos días después de este desgraciado acontecimiento, Jenaro entraba en la casa de su amada. Teresa no salió, como de costumbre, a su encuentro; todo parecía cambiado en aquella casa.

Por fin, se presentó Teresa, pálida y conmovida.

—¿Qué ocurre?— exclamó Jenaro, tendiendo su mano a la joven.

Más ella, sin corresponder a su ademán, le indicó una silla, contestándole con acento dulce pero firme:

—Una desgracia, señor, preparada por usted... con calma y refinado artificio; nos vemos hoy por última vez. Esta es la voluntad de mi hermano y también la mía.

Jenaro intentó disculparse, más Teresa le interrumpió diciendo:

—Es inútil... Lo sé todo: ahórreme usted el disgusto de ver unidas la traición y la mentira.

—Nunca me has amado, Teresa,—exclamó Jenaro, palideciendo extraordinariamente; — al corazón no se le impone, ni jamás la pasión política influye de tal modo en la mujer, que destruya en un día un

amor tan intenso como el que me has fingido hasta hoy.

—Ayer amaba al caballero leal y sin tacha. Hoy la traición lo desfigura a usted horriblemente a mis ojos. La memoria de mi padre, muerto por la patria, pone un abismo entre los dos.

El joven intentó echarse a sus pies; mas ella se lo impidió con un ademán majestuoso.

—¡Bien!—exclamó Jenaro, irguiendo su cabeza;— el brazo de tu hermano nos separa; dile que pronto nos veremos.

Y salió despechado.

Así que éste desapareció, Luis, que todo lo había oído, entró en la estancia.

—¡Hermana mía, valor!—le dijo, al ver a Teresa casi desfallecida.

—Todo acabó para mí— articuló la joven.— Hoy que le pierdo para siempre conozco que le amo más.

Y diciendo esto, cayó sin conocimiento en los brazos de su hermano.

IV

A mediados de enero de 1815, tres meses después de la derrota de Rancagua, la cárcel de Santiago ence-

rraba gran número de presos políticos, todos patriotas mártires de la libertad. Apilados en un estrecho y húmedo calabozo, eran tratados, por orden del general Osorio, como indignos criminales. ¿Qué iba a ser de ellos?

A juzgar por los rumores que se dejaban sentir: o debían ser pronto sentenciados a muerte, o enviados al Perú y sepultados en Casas Matas. Estas y otras voces siniestras contribuyeron no poco a dar cuerpo y vida a una conspiración concebida en el silencio de un calabozo y alimentada por la desesperación de las víctimas.

La guardia de los prisioneros estaba confiada al Batallón Talaveras.

Un sargento de este cuerpo, hombre simpático y sagaz, supo captarse la confianza de los presos hasta llegar a penetrar sus proyectos.

Pronto Villalobos, este era su nombre, se hizo el alma de la conspiración. El prometió apoyarla con su batallón y el cuerpo de Granaderos. Ansiosos de no aventurar la empresa, pero desconfiados, por otra parte, del caudillo, que era español y talavera, quisieron los presos obtener de Villalobos una garantía de su sinceridad. Al efecto, le exigieron les prestase promesa de fidelidad en presencia de Dios. Convino en ello Villalobos, y los presos acordaron mandar de-

cir una misa en la capilla de la cárcel. Allí un solemne juramento debía tranquilizarlos y unirlos.

En efecto, en el momento en que el sacerdote alzaba la hostia, todos los conjurados, a una señal convenida, levantaron silenciosamente sus manos y juraron por los Evangelios guardarse fidelidad y trabajar por el éxito de su empresa.

V

Pocos días después, una mujer vestida de negro y cubierta con un espeso velo fué introducida por el carcelero en el calabozo de los presos.

Se quedó un momento indecisa en el dintel de la puerta; mas luego, con una voz trémula, sin duda por la emoción, preguntó por Luis O . . . Al oír este nombre, un joven de porte distinguido y simpática fisonomía, se precipitó hacia aquella mujer y la estrechó contra su corazón, exclamando:

—¡Teresa! ¿Tú aquí?

Teresa alzó su velo. Su rostro estaba pálido, pero más bello aún, realzado por el dolor que la oprimía. Anegada en llanto, estrechaba a su hermano sin poder proferir una palabra.

—¿Tú en Santiago?—volvió a decir Luis.—¿Y en qué circunstancias? Cuando todas las familias, abandonando sus hogares, se han ido a ocultar en algún rincón lejano, a fin de substraerse a las tropelías de San Bruno.

Teresa miró en torno suyo con recelo... los presos se retiraron, por deferencia, a un extremo del calabozo, y entonces dijo:

—He venido con mi tía. No temas por mí, Luis; sólo se trata de tí en este momento; eres tú quien corre peligro.

—¿No han hecho llegar hasta tí una carta mía en que te aseguraba que nada malo podía sucederme?

—Sí; pero últimamente he recibido otra, en la que se me dice lo contrario.

—¿De quién?

—De Jenaro.

—¡Hola! ¿Jenaro anda en esto? ¿Y has podido confiarte de un traidor?

—¡Luis!—exclamó Teresa, tristemente; — Jenaro tiene influjo cerca de Osorio; él es hoy mayor general; puede y quiere protegerte. Mañana me acompañará a palacio, y confío en Dios que he de obtener tu perdón...

—Te lo prohibo—exclamó Luis, interrumpiendo a

su hermana;—mi perdón, a Dios gracias, no lo necesito; deseo seguir la suerte de mis compañeros. No por mendigar una vida que estimo en poco, he de permitir que te expongas. No, mil veces no; una joven como tú no puede, no debe dar tal paso.

—¿Es posible, Luis, que pienses así, cuando la muerte está sobre tu cabeza?

—¿Y qué es la muerte para un soldado? No hace tres meses que he salido de Rancagua resuelto a morir por las bayonetas enemigas al lado del general O'Higgins?

Luis fué interrumpido por el carcelero, quien previno a Teresa que debía retirarse.

La joven echó sobre su hermano una mirada de angustia.

—¡Valor!—le dijo éste, procurando dar a su semblante una expresión tranquila.—En lo que me has dicho veo claro que Jenaro intenta, por medio de la gratitud, empeñar tu corazón. . . Ya me comprendes. ¡En guardia, Teresa mía! No creas lo que ese hombre te dice. Ahora, dame un abrazo.

Los dos hermanos se abrazaron conmovidos; ambos ocultaban el temor que abrigaban de no volverse a ver más. . .

VI

Era el 5 de febrero: la revolución que intentaban los presos debía tener lugar en la madrugada del 6.

Villalobos principió los aprestos esa noche, encerrando en calabozos distintos algunos reos de delitos comunes. En seguida llevó licor en abundancia a los conjurados para infundirles valor; pasó la primera parte de la noche en conferencia con éstos, y sólo se separó de ellos para ir a dar las últimas disposiciones a fin de asegurar el golpe, según decía.

Los conjurados, entre tanto, le esperaron de pie y con el corazón palpitante de ansiedad hasta las dos de la mañana. A esta hora se abrió repentinamente la puerta del calabozo y apareció en el dintel la compañía de zapadores del Batallón Talavera. San Bruno, que la comandaba, ordenó a los conjurados se postrasen en tierra. Ninguno obedeció. Los jóvenes Concha y Morgado, que intentaron sacar sus puñales, cayeron víctimas de San Bruno. Esto pasó con la rapidez del rayo. El calabozo fué invadido por todo el batallón, cuando aún los presos no habían vuelto de su estupor.

La carnicería entonces se hizo general. Los infeli-

ces, furiosamente acometidos por los soldados, no oponían más resistencia que sus manos para defender sus cabezas. Un joven, aún adolescente, dormía en un rincón, y fué cobardemente asesinado en medio de su sueño. Entre tanto, Luis, con la espalda apoyada contra la pared y un puñal en la mano, se dispuso a vender cara su vida. Un soldado iba a descargar su sable sobre su cabeza, pero Luis, con un rápido movimiento hacia adelante evadió el golpe e hirió en el pecho a su asesino; un pabellón de sables se levantó al instante sobre su cabeza, y habría caído acribillado de una veintena de golpes si San Bruno, tomándolo por el jefe de la conspiración, y ebrio de sangre y de venganza, no se interpone, gritando:

—Nadie lo toque; esta cabeza es mía.

Luis, desarmado y rodeado de fieras humanas, cruzó los brazos dispuesto a morir. San Bruno iba a dividir la cabeza de su víctima, cuando una mano vigorosa le detiene el brazo. San Bruno se volvió furioso: era Jenaro. Como éste había recibido poco há la orden de poner la tropa sobre las armas, tomó apresuradamente sus disposiciones y corrió a la cárcel. Llegó a tiempo para salvar a su antiguo amigo y a algunos otros infelices, no sin peligro de su vida, a pesar de su autoridad militar.

VII

Al día siguiente se veían en la plaza de Santiago los cadáveres de las víctimas de esa infausta noche, y entre ellos los de Concha y Morgado. Sobre sus cabezas se leía esta inscripción en grotesco pergamino: *Por conspiradores contra la ley y perturbadores de la pública tranquilidad.*

La casa que habitaba Teresa estaba situada en un barrio apartado y silencioso de la población.

Eran las once de la mañana; la joven preparaba la ropa blanca que debía enviar a su hermano a la prisión. A esa hora se presentó Jenaro en su casa.

—Señorita—le dijo;—hace mucho tiempo que no me sentía tan feliz como hoy. Anoche he salvado a su hermano, y esto me llena de gozo al considerar la triste nueva que hubiera usted podido recibir en este momento.

—¿Qué ha sucedido?—exclamó Teresa, poniéndose extremadamente pálida.

—Nada, no se asuste usted. Luis está tan bueno como yo. Esto, sin duda, lo debe a las plegarias que usted dirige por él a la Virgen.

Jenaro se sentó al lado de Teresa.

—Diré a usted en dos palabras lo que ha pasado —continuó.—Luis y sus compañeros intentaron una revolución. Se fiaron de un sargento de Talaveras. Han sido vendidos, y... ¡qué horror! asesinados en su mismo calabozo.

—¡Gran Dios!—murmuró Teresa.—¡Asesinados! ¿Qué va a ser de Luis, si es que ha salvado?

—A eso vengo, Teresa; tome usted este pliego; es una petición de perdón que usted presentará ahora mismo a Osorio; este es el momento preciso. El general se encuentra pesaroso de haber autorizado un crimen que va a manchar las armas españolas.

En ese momentó entró la tía de Teresa: la señora venía de misa. Al pasar por la plaza había visto el horrible espectáculo.

—¡Jesús me valga!—exclamó, dejándose caer sin aliento sobre una silla;—hija mía, si supieras lo que ha pasado, lo que en este momento acabo de ver; le han muerto sin misericordia. ¡Hijo de mi corazón!

—Tía, Luis no ha muerto; tranquilícese usted.

—No he visto su cadáver en la plaza... ¿A dónde le han llevado, Dios Santo?

—Señora, nada ha sucedido a Luis, y le aseguro a usted que muy pronto saldrá de la prisión.

—¿Y puedo creer a usted? ¿A un godo, a uno de

esos cobardes que mandan degollar a hombres indefensos?

Jenaro era bastante cuerdo para comprender el justo dolor que hacía estallar aquel corazón de sesenta años, y creyó prudente retirarse.

VIII

Teresa pudo calmar a su tía con dificultad, y hacer que la acompañase a palacio.

La joven presentó a Osorio la solicitud de perdón. Este, después de haberla leído, fijó en Teresa una mirada investigadora, y en seguida puso al pie estas palabras:

“En el término de veinticuatro horas saldrá Luis O. de la capital.—*Osorio.*”

A las nueve de la mañana del siguiente día, los dos hermanos y su tía abandonaban la capital, alejándose lentamente por el camino que conduce a Melipilla.

Jenaro los acompañaba.

El militar español cabalgaba al lado de Teresa. La joven se manifestaba alegre y reconocida.

Jenaro, aprovechando un momento en que Luis y la tía quedaban atrás, le dijo:

—¡Por qué no he perecido, señorita, en la guerra,

cuando tantas veces he buscado la muerte para encontrar el olvido! Pero no; era preciso que pasara aún por este martirio: encontrarle a usted, verle más interesante, más llena de atractivos, para volverla a perder, y quizá para siempre; porque si juzgo por el dolor que me oprime, no creo que volvamos a vernos.

—Nos veremos allá a donde la patria es libre y común para todos.

—Ese es un consuelo dictado por la fría amistad. Teresa, dígame usted, francamente, ¿he llegado a serle indiferente?

El semblante de Teresa se cubrió de rubor.

—El momento en que usted me lo pregunta es muy solemne para que yo disfrace mis sentimientos; Jenaro, usted...

Teresa no pudo continuar; la voz expiró en su garganta: estaba conmovida.

—Su corazón es siempre mío, Teresa, no tengo duda; usted me ama, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y entonces, ¿qué se opone a nuestra dicha?

Teresa miró al joven y le dijo:

—Dígame, Jenaro, ¿cree usted que podría yo desposarme con un hombre que clavase un puñal en el corazón de mi madre?

—Ciertamente que no; mas yo . . .

—Usted, Jenaro, contribuye a derramar la sangre de mis hermanos, ella cae sobre este suelo, y este suelo es mi patria. Yo daría mi vida, si de algo sirviese, para que ella fuese libre y feliz; ya que esto no puede ser, sacrifico algo más que mi vida: sacrifico mi amor.

—Teresa, ¡en nombre del cielo!, no haga usted un sacrificio estéril, mande usted, impóngame su voluntad: ¿qué debo hacer para alcanzar la dicha? Todo lo sacrificaré por usted.

Teresa, subyugada por la pasión del joven y por su propio sentimiento, comprendió que el momento aquel iba a decidir de su destino; su corazón se partía de amor y de pesar; un momento más y habría dicho a Jenaro: "Seré tuya, porque te amo más que a mi patria", pero haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo:

—Jenaro, si se desvía de su deber, abandonando quizá por mí la causa que defiende, se precipita a un abismo. Y si yo, por mi parte, sigo su destino, me atraería el desprecio de mi hermano y el de todos los corazones nobles que lidian por la patria. ¡Cruel alternativa: patria y amor! He aquí lo que el destino me ordena que elija . . .

Y Teresa se cubrió el rostro con el pañuelo, de-

jando las riendas a merced de su caballo; el dócil animal se paró.

Jenaro contuvo el suyo y le dijo:

—Amor mío, adorada Teresa, ¿a qué comprimir los impulsos de tu corazón? ¿Qué nos importa el mundo todo si nos amamos así? Teresa mía, una palabra y somos los seres más felices de la tierra.

Teresa, por toda respuesta, tendió su mano a Jenaro. La sangre del joven afluyó a su rostro al estrecharla y la llevó transportada de gozo a sus labios. Teresa retiró su mano y dijo con voz sollozante:

—Cuando mi patria sea libre, venga usted, Jenaro, a buscarme, si es que su corazón para entonces no ha cambiado; y si esto no es posible, ¡a Dios! cúmplase mi destino . . .

Y rápida como el pensamiento, agitó la huasca sobre su caballo y partió veloz.

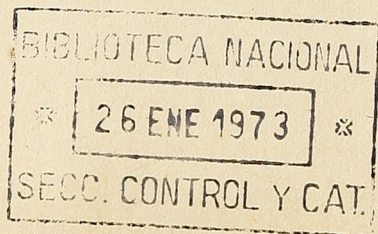
El primer impulso del joven fué seguirla, mas en ese instante llegó hasta él Luis, con la anciana señora.

—¿Qué ha sucedido?—exclamó Luis.

—¡Qué ha de ser! Que mi espada, maldecida, sin duda de Dios, se vuelve contra mi corazón. Luis, amigo mío, esto no tiene remedio. Adiós; voy al menos a morir con honor.

Y echando una última mirada hacia la nube de polvo que levantaba a lo lejos el caballo de Teresa, volvió riendas hacia Santiago.

1870.



LA PRIMERA ACADEMIA DE CHILE

El año 1873, se fundó en Santiago la primera y grande *Academia de Bellas Letras*, en donde figuraron todos los hombres ilustres y la primera mujer intelectual de Chile, que formaron la falange del período más sobresaliente de la República.

Esta Academia se fundó para cultivar el arte literario y con el apoyo de todos los hombres de letras e intelectuales en general de aquella época, y varios literatos extranjeros, como miembros correspondientes.

Componían esta primera Academia de Chile, las siguientes personas:

José Victorino Lastarria
Domingo Santa María
Miguel Luis Amunátegui
Eduardo de la Barra
Diego Barros Arana
Domingo Arteaga Alemparte

Jacinto Chacón
Benjamín Vicuña Mackenna
Adolfo Valderrama
Marcial Martínez
José Alfonso
Manuel Blanco Cuartín
Rosario Orrego de Uribe
Daniel Barros Grez
José Manuel Balmaceda
Pedro León Gallo
Juan N. Espejo
Eugenio María Hostos
Jorge 2.º Huneeus
H. de Irisarri
Sandalio Letelier
Pedro Lira
Manuel A. Matta
Guillermo Matta
Ambrosio Montt
René Moreno
Augusto Orrego Luco
Baldomero Pizarro
Luis Rodríguez Velasco
Alberto Blest Gana
Guillermo Blest Gana

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	5
Esta obra	7
La ilustre escritora y poetisa	9

Homenajes en prosa

De don Augusto Orrego Luco	23
De don Ricardo Palma	35

Homenajes en verso

De don Joaquín Lemoine	39
De don Jacinto Chacón	41
De don R. Bustamante	45
De doña Mercedes Marín de Solar	47
De don Elías Cousiño	48
De don José A. Soffía	50
De don Jacinto Chacón	52

Artículos

A Regina	57
Definición del amor	60
El lujo y la moda	62

Poesía

A la libertad	71
A mi pluma	74
El temblor	76
En un álbum	79
La instrucción de la mujer	81
Al señor don Andrés Bello	84

	Págs.
A una amiga	86
La noche	87
A Copiapó	91
A Luis	96
La madre	97
A la poetisa señora Gertrudis Gómez de Avellaneda . .	100
Una tumba y un clavel blanco	102
A la estatua de Juan Godoy	107
A una poetisa	108
Al Instituto de Valparaíso	111
A la señora doña Manuela Cabezón de Rodríguez . .	113
A Santiago	115
A la señora Mercedes Marín de Solar	117
Insomnio	118
Mis lágrimas.—A Héctor	121
En el Cementerio de Valparaíso	122
A la señorita Rosario Gómez Zaldívar	124
Así quiero morir	125
Desaliento	127
Cara imagen	130
A Mendoza	131
A un niño acróbata	132
A una joven loca de pesar	134
Plegaria a María	137
Aniversario fúnebre	140
A mi lira	142
¡Esconde tu dolor!	145
Soledad	147

Novela

Teresa	149
------------------	-----

La primera Academia de Chile

La Academia de Bellas Letras	172
--	-----

